CUADERNOS
historia 16

La guerra de Troya

Antonio Blanco Freijeiro



241

175 ptas

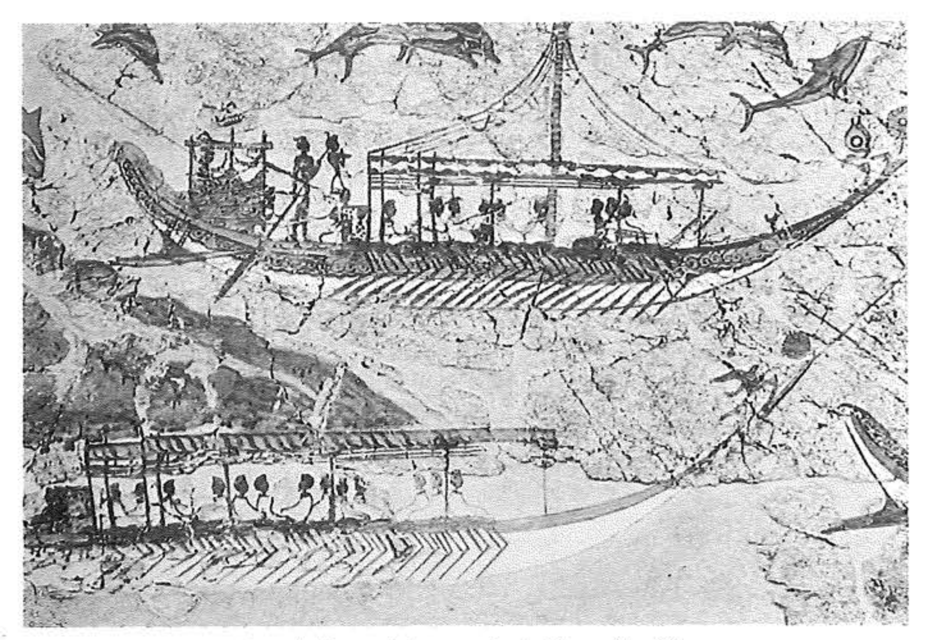
historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
COORDINACION: Asunción Doménech.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del GRUPO 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.
IMPRIME: MELSA.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía

CUADERNOS historia 16



Expedición naval (casa oeste de Thera, Akrotiri)

Indice

LA GUERRA DE TROYA
Por Antonio Blanco Freijeiro.
De la Real Academia de la Historia.

La cuestión homérica

CUANDO Homero emprende la tarea de cantar la Guerra de Troya, se encuentra en el límite entre dos mundos, separados por una ancha franja oscura. Del lado de acá, un mundo fuerte, valiente y joven —el griego del período geométrico y orientalizante—, salido de la oscuridad y la barbarie tras una etapa calamitosa y turbulenta. Del lado de allá, montañas lejanas, iluminadas por una extraña luz crepuscular, el mundo de los aqueos, situado a una distancia de lo menos quinientos años. En medio, un valle misterioso, impenetrable, sumido en espesas tinieblas. El poeta se halla en el umbral de un mundo en formación, con mucho futuro por delante, y viendo en lontananza un mundo histórico, poblado de grandes figuras de héroes que viven en la memoria del pueblo y ante los que el poeta se siente pequeño, sobrecogido de asombro y admiración. Su musa, la diosa que lo inspira, le dará alientos para transmitir el calor y la vida del nuevo mundo a las augustas sombras del pasado.

Desde hace mucho tiempo las gestas de aquel pasado, de más allá de la Edad Oscura, circulan entre el pueblo en forma de canciones. Los cantores, aedos o juglares, gozan de gran predicamento en las cortes de los príncipes. Uno de los más conocidos, Demódoco, se luce, en la *Odisea,* cantando primero los amores de Ares y Afrodita y más tarde, a petición de Ulises, la historia del Caballo de Madera. Son profesionales, capaces, como acaba de demostrar Demódoco, de cantar lo que se les pida, pues saben de memoria una increíble cantidad de canciones. Gracias a ellas están en posesión del léxico y de giros bellísimos de un idioma artificial que les permite improvisar con las mismas palabras frases nuevas, y con los mismos versos, o trozos de versos, nuevos poemas.

Junto al aedo ha aparecido, no hace mucho, el rapsoda. Este ya no canta, recita versos que no son los de las canciones, sino los de un metro nuevo, el hexámetro épico, sujeto a reglas, riguroso y perfecto. Sin despreciar al aedo con el que convive, el rapsoda está orgulloso de su mester: recitar *Katà kósmon* (Od. VIII, 489) ordenadamente, todo el acervo épico heredado de los aedos, con una extensión que requiere el conocimiento y el empleo de la escritura. Poetas y rapsodas integran el gremio de los *sophoí,* el grupo social más culto de los siglos VIII y VII. No hacen uso de la escritura para divulgar sus poemas, sino para la composición y el recital de los mismos. El divorcio de la música les fue restando audiencia, lenta pero inexorablemente, hasta que acabaron por extinguirse como gremio. El prestigio, sin embargo, nunca lo perdieron, ni en la Antigüedad ni más tarde. En la primera, Píndaro, Isócrates y Platón, entre otros muchos, tendrán a gala autodenominarse homéridas (los rapsodas se llamaban a sí mismos homéridas, hijos de Homero; como los médicos, asclepiadas, hijos de Esculapio), y en la moderna será Goethe quien proclame: *Poch Homeride zu sein, auch nur als letzter, ist schön* (pero ser homérida, aun siendo el último, es hermoso).

Wolf, el pirómano

A finales del siglo XVIII Homero se había convertido en Alemania en el primero de los grandes de la cultura universal. Había surgido en ella una generación que renegaba del Barroco y del Rococó, de todo lo que oliese a Iglesia y a romano. Esa generación veía en Homero a un libertador, un mundo nuevo, amante y revelador, tanto de la Naturaleza como del Arte. De no haber sido así, Federico Augusto Wolf no hubiese hallado un ambiente tan predispuesto a recibir la bomba incendiaria que arrojó sobre él.

Fue en la primavera de 1795. Wolf, profesor de la Universidad de Halle a la sazón, publica en latín sus *Prolegomena* como introducción a una edición de Homero cuidadosamente preparada. Apoyado en impresionante aparato crítico, el filólogo defiende en ella la atrevida tesis de que Homero no tenía conocimiento del arte de la escritura; que sus poemas —*Iliada* y *Odisea*— están enteramente concebidos y compuestos de memoria, y que la transmisión de los mismos se verificó por vía oral hasta que siglos más tarde fueron fijados y puestos por escrito. La labor del crítico era negativa e iconoclasta, pero sus efectos fueron devastadores.

Hacía apenas un cuarto de siglo que Winckelmann, patriarca del clasicismo germánico, había publicado el manifiesto fundacional de este movimiento: *Historia del arte de la Antigüedad,* y proclamado en él no sólo la excelencia incomparable de la estética griega y su superioridad sobre cualquier otra —entiéndase la latina—, sino a Homero y a su obra como estímulo y guía providencial para captar esa estética, que la escultura griega hacía entrar fácil y llanamente por los ojos. Todos los pueblos, el alemán en primer lugar, podían ser redimidos de la barbarie y alcanzar altas cotas de desarrollo siguiendo el camino apuntado. Resultaba ahora, según Wolf, que aquella maravillosa revelación se debía a un poeta iletrado, o lo que es peor, a un gremio de recitadores populares; el arte era, pues, emanación del pueblo, fruto de la naturaleza, no de la cultura y del estudio. La unidad y la indivisibilidad de Homero eran si no ficticias, muy problemáticas.

Böttinger, amigo y compañero de Wolf, se apresuró a escribirle. *Estaba dispuesto* —decía— *a subir al campanario y tocar a rebato. Homero estaba en peligro. El edificio ardía por los cuatro costados. Era menester que todos cuantos tuvieran deseo de*



Busto de Homero (Museo del Louvre, París)

acudir a la llamada, lo hiciesen sin demora, provistos de sus calderos... Goethe, que de niño le rezaba a Homero como a un santo, se lamentaba con acentos elegíacos: *Es la desertización del jardín más frondoso del reino de la Estética,* y Schiller arremetió contra Wolf en un panfleto en que lo acusaba de *barbarie erudita.* Entre las quejas oídas en el extranjero queda memoria de la de Walter Costt: *He said of the Wolfian hypothesis that it was the most irreligious one he had heard of, and could never be believed in by any poet.*

La cuestión

Los comienzos de su planteamiento estaban, y de ellos parte Wolf, en la Alejandría de los siglos III-II a. C., en que viven y trabajan como bibliotecarios y gramáticos Zenodoto de Efeso, Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia. A ellos se debe, sobre todo al último, la *Iliada* que el mundo ha conocido y estudiado desde la época romana hasta la actualidad, y también las gramáticas griegas al uso en las escuelas.

Estos formidables gramáticos descubrieron un nuevo modo de leer y examinar los textos, observando las variantes, y, en suma, mirándolos a la luz de una nueva ciencia que con el tiempo se llamaría Filología. No se escapó a su perspicacia que Homero no hablaba nunca de la escritura y que sus poemas daban la impresión de haberse transmitido por tradición oral, contaminándose unos de otros, y que su reunión y ordenación final se habían realizado en el siglo VI en la Atenas de Pisístrato.

Antes que en Alemania, los humanistas de Francia, Italia e Inglaterra se percataban de la cuestión homérica. El abate D'Aubignac, y otros, comprendieron que la *Iliada* y la *Eneida* no eran poemas del mismo género, y el abate llegó a aconsejar que la primera se leyese como una colección de poesías de muchos autores, sin parar mientes en la persona de un Homero de cuya existencia dudaba. Pero estas y otras cuestiones no trascendieron entonces ni a las aulas ni menos a la calle.

La fiebre de Homero se despertó en Alemania, y la polémica desatada por Wolf contribuyó a exacerbarla. Hacía falta una traducción. Ninguno de los grandes poetas de la época sabía griego suficiente para afrontar el riesgo de una versión rigurosa, y ésta hubo de realizarla un infeliz, J. H. Voss, diligente discípulo de Heine, el maestro de Wolf, que gracias a ello se convirtió en el Homero alemán, un Homero al que Wilamowitz no tiene reparo en calificar de impresentable. Su traducción, en efecto, transmite el significado de los versos de Homero, y la mayor parte de la gente se conforma con eso; pero quien desee no sólo *ver* qué ocurre en Homero, sino además captar la armonía y el ritmo de sus versos, es decir, *oír* a Homero y a los homéridas (en los *Himnos* largos, sobre todo, cinco de ellos, verdaderos poemas y no sólo premios) no tiene más remedio que hacerlo en griego.

Nadie niega que la *Iliada* sea una obra de arte dotada de una unidad intencionada y enunciada expresamente en sus primeros versos: *Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo...* Pero todo el mundo reconoce que se trata de una unidad *sui generis,* no conforme a los gustos y criterios comunes. El guión que se anuncia de entrada empieza a desarrollarse y diversificarse, el árbol echa ramas y follaje con una libertad que hace temer que el poeta se ha olvidado y desentendido no ya de la cólera de Aquiles, provocada por el agravio que le ha inferido Agamenón, sino de Aquiles mismo, ausente de cantos enteros en los que son otros los protagonistas. Hay momentos en que Diómedes o Ayax parecen a punto de ensombrecerlo. El poeta se da cuenta del riesgo que corre y recurre en sus elogios a la fórmula de todos los dánaos por debajo del simpar hijo de Peleo.

Unitarios y separatistas

Se diría que en la obra imperan dos criterios: el primero, de unidad; el segundo, de variedad. Detrás de la unidad —dirá la Filología del siglo XIX— está la personalidad del poeta, y quienes lo defiendan a ultranza serán llamados unitarios. Detrás de la multiplicidad se encuentran el pueblo, el gremio de los aedos y rapsodas, la tradición. Junto a éstos militan los analistas (o separatistas). Los primeros —los unitarios— necesitan tijeras de poda para recortar las interpolaciones que no pueden por menos de admitir; los segundos —los separatistas—, una cinta con que atar las flores del ramillete que, según ellos, es la epopeya.

Deslindados así los campos, los estudiosos de Homero se entregaban a la investigación y el análisis hasta extremos que los más entusiastas de la primera generación, tan confiados como estaban en sus saberes, no hubieran osado siquiera imaginar. Uno de ellos, Lachmann, estudioso de la epopeya germánica, había aplicado a ésta la tesis de Wolf la *Canción de los Nibelungos* en una serie de poemas aislados. Animado por el éxito procedió a aplicar el mismo método a las fisuras perceptibles en la *Iliada* y descubrió en ella, para desesperación de los unitarios, nada menos que dieciséis poemas. La consecuencia era demoledora: *La Epopeya se hacía a sí misma* (J. Grimm); las contribuciones de los poetas, de los individuos, eran tan inconscientes como las de las abejas en su común labor, aunque aquélla pareciese obra de creación de una inteligencia consciente.

Wilamowitz, que confesaba haber sido lachmanniano en su juventud, arremete contra aquella extraña mezcla de racionalismo y romanticismo que caracterizaba el método de Lachmann. *Hacía su labor* —escribe en *Die ilias und Homer*— *con una seguridad imponente; sus palabras, cortas y contundentes, caían como martillazos, y él mismo estaba convencido de que cada golpe descargaba en la cabeza de un clavo. De ahí su éxito inmenso, aunque hoy nadie cree ni en su teoría de los poemas ni en uno solo de ellos...*



Hoplitas griegos (detalle de un ánfora geométrica ateniense del siglo VIII *a. C.)*

La acogida y el impacto de Wolf tuvieron peso durante un cuarto de siglo. La teoría de que la poesía era un fruto de la naturaleza agradaba mucho a los románticos, sobre todo a los románticos ingleses, que no acertaban a explicarse de otro modo el surgir de un genio como el de Shakespeare en el páramo de la Inglaterra isabelina. Pero el buen sentido se impuso, aun entre aquellos que como Goethe se habían dejado convencer por los argumentos de Wolf. *Ha destruido a Homero* —le decía a Eckermann muchos años después—, *pero no ha hecho daño a su poesía. Esta poesía tiene el don maravilloso de los héroes de la Walhalla que aun hechos trizas por la mañana, se sientan a la mesa a mediodía con todos sus miembros íntegros y sanos.*

El dictamen resultó certero. La teoría de Wolf sirvió de estímulo a la larga para una labor de crítica y de estudio asombrosa, que Schadewaldt resume de este modo:

Es la era del trasiego científico moderno, en que la Ciencia de la Antigüedad se instala en Italia y en Grecia, en que cientos de manos diligentes copian de las piezas las inscripciones antiguas, y la ciencia del azadón descubre fuentes de información de inagotable riqueza en Grecia, en Asia Menor y en Egipto. Troya, Creta y Micenas resucitan y con ellas todo el mundo de la epopeya... Hay ahora una extensa investigación de la épica, desde las sencillas canciones improvisadas a las grandes composiciones...

El punto de partida de Wolf y de los suyos era una cuestión de fe: la creencia en una dichosa edad juvenil de los griegos, una primavera paradisíaca de la humanidad, algo que a Nietzsche lo sacaba de sus casillas cuando estaba en el colegio: *!Que tuviera yo que oír machaconamente la afeminada afirmación de que el mundo homérico era la adolescencia, la primavera del pueblo! Los griegos son mucho más antiguos de lo que se cree. De la primavera se puede hablar, pero sólo cuando delante de la primavera se pone el invierno...* La fe de Wolf y de los suyos se hizo astillas al imponerse entre los historiadores del XIX la convicción de que en la realidad histórica no hay estados de excepción para ninguna época.

Troya dejó de estar en el país de las maravillas. Sus murallas estaban aún en pie junto a la aldea turca de Hissarlik. También las de Micenas, con su Puerta de los Leones y sus grandes cámaras sepulcrales, y las de Tirinto, y parte del palacio de Minos en Creta... El mundo cantado por Homero se podía ver y tocar como él había podido. Los griegos eran, en efecto, mucho más antiguos de lo que se creía. La tesis de Wolf perdía sus apoyaturas y se desmoronaba como un castillo de arena.



Aquiles mata a la amazona Pentesilea (ánfora de figuras negras firmada por Exekias, Atenas, siglo VI a. C.)

La guerra de Troya

HACE algo más de tres mil años se levantaba, al otro extremo del Mediterráneo, una ciudad —Troya o Ilion— que las gentes tenían por la más rica y poderosa de la tierra; ciudad temida y odiada a un tiempo por muchos de sus vecinos, y más que por nadie, por los griegos de entonces.

Buscando una razón plausible para esa inquina que habría de ser la causa de su destrucción, han pretendido algunos encontrarla, y no sin razón, en el dominio férreo que Troya ejercía sobre el comercio y el tráfico de los Dardanelos; zona de alto valor estratégico como nexo de dos continentes, considerada por los troyanos como de su exclusiva y natural pertenencia.

Los griegos de época clásica no se conformaban, naturalmente, con una explicación tan simplista para la guerra más famosa del mundo. *Allí fue Troya,* exclamamos aún nosotros remedando lo que ellos decían. Dados como eran a hermosearlo todo, urdieron en derredor de la caída de Troya una trama en la que se vieron envueltos los dioses y los hombres, los animales y los monstruos, la tierra y el cielo, amén de un sinfín de potencias más o menos espirituales.

Pese a la mucha tinta que sobre el tema se ha vertido, no tenemos hoy un relato completo y coherente de lo que entonces sucedió. Hemos de reconstruirlo aprovechando, en primer lugar, la *Ilíada,* de Homero, que se centra en uno de los episodios cruciales de la guerra —la cólera de Aquiles—, y en segundo, las obras de otros autores, como el *Agamenón,* de Esquilo; las *Troyanas,* de Eurípides; la *Eneida,* de Virgilio (canto II), etcétera.

Como en otras ocasiones, el factor desencadenante fue la brama de los dioses, siempre a punto: Zeus, dios del cielo, y Poseidón, los dos hermanos, coincidieron en pretender los favores de la ninfa marina Tetis. Ahí empezó todo. Sólo una cosa los detuvo: la averiguación de que Tetis estaba predestinada a tener un hijo más fuerte que su padre.

La noticia no podía ser más desalentadora. ¡Pocos disgustos y conflictos habían tenido raíz en hijos mejor dotados que sus padres! Ellos mismos no carecían de cierta experiencia de ese orden, y si no, que se lo preguntasen a su padre, Cronos. De modo que no había más remedio: ni ellos ni ningún otro dios iba a tener acceso al tálamo de Tetis. La ninfa habría de emparejarse con un mortal y de tener por tanto un hijo mortal, por muy fuerte que fuese. Con un mortal, los dioses siempre pueden.

Para no humillar a la diosa más de la cuenta, decidieron casarla con uno de los solteros más cotizados de Grecia: el joven Peleo, rey de los mirmidones, que tenía en su palmarés hazañas tales como la de haber rematado, codo a codo con Meleagro, al ferocísimo jabalí de Calidón. Pero aun así, Tetis se resistió cuanto pudo y Peleo hubo de cometer la bestialidad de raptarla.

El juicio de Paris

La boda de Tetis y Peleo había de dar como fruto el nacimiento de Aquiles. La ceremonia en sí constituyó un acontecimiento social de primera magnitud. No hubo en la antigüedad otros desposorios como aquellos. Baste decir que todos los dioses asistieron a la fiesta, todos menos una diosa por la que los olímpicos sentían muy poca simpatía: Eris, la diosa Discordia.

En venganza, Eris se presentó de repente en el salón del banquete nupcial y arrojó en medio de la concurrencia una manzana de oro con esta dedicatoria: *para la más hermosa.* Al punto cada diosa consideró que ella era la destinataria. Hubo sus dimes y diretes, pero a la postre quedaron tres finalistas, a cual más empeñada en alzarse con el trofeo: Hera (Juno), Atenea (Minerva) y Afrodita (Venus).

Las tres apelaron a Zeus. Este declinó la responsabilidad de emitir un juicio que podía resultar no sólo arduo, sino peligroso, andando por medio la vanidad de su esposa Hera, capaz de cualquier tropelía si se sentía agraviada. Zeus, por tanto, se lavó las manos con la excusa de que tratándose de un concurso de belleza, lo natural sería recurrir al hombre más hermoso de la tierra, y por añadidura muy entendido en cuestión de faldas.

Este no era otro que Paris, el príncipe troyano que hacía vida de pastor en el monte Ida, cerca de su ciudad natal, porque el oráculo había hecho saber a la corte que a través de él sobrevendría la ruina de Troya. Cuando Paris menos lo esperaba, comparecieron delante de él aquellas tres espléndidas hembras, no en cueros, como las representan Rubens y otros pintores, sino revestidas de sus mejores galas. Por desenvuelto que fuese con las mujeres (con los hombres era más bien cobarde), Paris se quedó perplejo, y no tanto por la visión sobrenatural, como por la desconcertante proposición que tuvo que oír: no de que mirase detenidamente a aquellas beldades y eligiese a la más hermosa de las tres, sino de que optase por una de las tres ofertas que ellas le hacían, a cambio de la manzana que Hermes había puesto en sus manos. Hera le prometía ser rey de Europa y Asia; Atenea, la jefatura del ejército troyano, a cuyo frente alcanzaría la victoria sobre los griegos y la devastación de Grecia; Afrodita, la posesión de la mujer más bella del mundo.

Tras unos momentos de vacilación, París optó por la tercera de las ofertas y entregó la manzana a Afro-

dita. La suerte de Troya estaba echada: tanto Hera como Atenea juraron allí y entonces no dejar en ella piedra sobre piedra.

La mujer más bella del mundo era Helena, hija de Tíndaro —rey de Esparta— y de Leda. Pero Helena era una mujer casada, y casada en unas condiciones que obligaban a todos los príncipes griegos a salir en defensa de su marido, ellos y cuantas fuerzas pudieran allegar, frente a cualquiera que atentase contra la inviolabilidad de su hogar.

Así lo habían acordado cuando todos optaron a la mano de Helena y ésta fue otorgada a Menelao, hermano de Agamenón, rey de Micenas y jefe de las casas reales de Grecia. Desde entonces Menelao reinaba en Esparta al lado de Tíndaro, su suegro.

Paris hizo caso omiso de los pactos, de los deberes de hospitalidad, de cuantas normas, en fin, rigen la conducta y la convivencia de los hombres. Tras presentarse como amigo en casa de Menelao, sedujo a la esposa de su anfitrión, y con ella se embarcó en secreto para Troya.

La mediación de Afrodita contribuyó a allanar dificultades, incluso la de que los troyanos diesen acogida a los fugitivos, a sabiendas de la tempestad que aquel acto iba a desatar contra la bien amurallada Troya. Sin embargo, hasta los más enérgicos y prudentes troyanos sucumbieron ante el inefable embrujo de Helena.

Sólo dos príncipes griegos intentaron eludir el cumplimiento de su compromiso: Ulises y Aquiles. El primero porque estaba prendado de su joven esposa, Penélope, y se negaba a abandonarla para rescatar a una adúltera; Aquiles, porque el oráculo le había pronosticado una muerte segura si acudía a la guerra de Troya. Para liberarlo de este destino, su madre, Tetis, lo disfrazó de mujer y trató de ocultarlo en la remota Esciro, entre las hijas del rey Licómedes.

A ninguno de los dos desertores le valieron las artimañas. El astuto Ulises se hizo el loco, pero no tardó en verse descubierto. Después, sería él mismo quien atendiendo a rumores que llegaron a sus oídos, se presentase en Esciro en compañía de Diómedes, disfrazados de buhoneros los dos.

Allí desplegaron ambos un rico muestrario de joyas y otros objetos preciosos ante los asombrados ojos de las princesas. Aquiles, confiado en su disfraz, se hallaba entre ellas. De pronto, el son de una trompeta sembró la alarma, como si un enemigo inesperado estuviese a las puertas mismas del palacio. Olvidado de su papel, Aquiles echó mano de una espada que el artero Ulises había intercalado entre sus mercaderías, y así se puso él mismo en evidencia. Pero valiente y noble como era, no ofreció la menor resistencia a seguir a quienes desde ahora iban a ser sus compañeros de fatigas.

El espectáculo de las naves griegas congregadas en el puerto de Aúlide en espera de que cesase el viento norte, tuvo un narrador de la talla de Eurípides para plasmarlo en toda su grandiosidad:

He querido contemplar la armada de los aqueos, ver estas naves que hienden la mar, las mil naves de estos héroes que el rubio Menelao y el noble Agamenón dirigen a Troya en pos de Helena...

Ardía yo en deseos de ver el campamento de los hoplitas, portadores de broqueles; las tiendas donde se apilan las armas; la multitud de corceles. He visto, reunidos en conciliábulo, a los dos Ayaces, el hijo de Oileo y el hijo de Telamón, prez de Salamina; y a Protesilao, que se divertía jugando a las damas con aquel Palamedes engendrado por el hijo de Poseidón; y a Diómedes, que distraía sus ocios lanzando el disco; y cerca de él a Meriones, retoño de Ares, asombro de los mortales; y también a aquel que ha venido de las islas escarpadas, el hijo de Laertes, y a Nireo, el más hermoso de los griegos... (Eurípides, *Ifigenia en Aúlide*).

Inactividad forzada, impuesta por la diosa Artemis en castigo de que un griego le hubiese matado su liebre favorita. No cesaría de soplar el norte, mientras Agamenón no sacrificase en su honor a su hija Ifigenia. Así lo hizo saber Calcas, el adivino, al padre de la joven y a sus más íntimos consejeros.

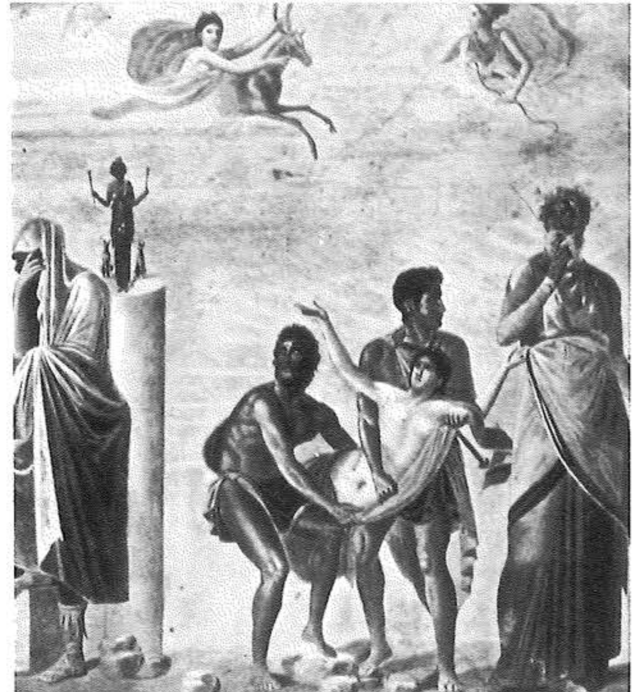
Hubo que engañar a la madre de la muchacha, Clitemnestra, para que Ifigenia se trasladase a Aúlide. Se le hizo creer que Agamenón la reclamaba para casarla con Aquiles, ajeno totalmente a lo que se tramaba. La inocente víctima fue sacrificada, aunque luego se dijese que a última hora Artemis la había sustituido por una cierva y rescatado de manos del verdugo para llevársela a su templo de Taúride y ponerla allí a su servicio como sacerdotisa. La misma Ifigenia lo cuenta así en el preámbulo de la otra gran tragedia que Eurípides le dedicó: *Ifigenia en Taúride.*

Al fin amainó el viento. Los jefes ordenaron a las tripulaciones de sus barcos empujarlos al mar desde la orilla, donde era costumbre dejarlos en seco con la popa amarrada a tierra. Cada nave admitía un elevado número de hombres, hasta ciento veinte; como según Homero eran los jóvenes que zarparon de Aúlide en cada una de las cincuenta naves de los beocios (*Ilíada*, II, 509).

El acto —la ceremonia, pudiéramos decir— de echar un bote al agua y ponerlo en condiciones de navegar, impulsado por su única vela cuadrada, revestía tal importancia, que Homero lo describe alguna vez como si se tratase de un rito; hasta que por fin *el viento rellenó la panza de la vela y las oscuras ondas empezaron a cantar ruidosamente en la proa de la nave mientras ésta las cortaba en su veloz travesía.*

Los troyanos nada hicieron para interceptar aquella inmensa flota de mil naves, de modo que los griegos no tuvieron mayores dificultades en llegar a la desembocadura del Simois. Algu-





Sacrificio de Ifigenia (pintura pompeyana)

nos de ellos sabían —pues un presagio se lo había indicado— que la guerra iba a durar diez años; también sabían que el primero que saltase a tierra sería el primero en morir.

Aun así, Protesilao, a quien hemos visto jugando a las damas en Aúlide con Palamedes, no vaciló en adelantarse a sus camaradas y en aceptar su suerte, que le vino en alas de un venablo toyano. Por aquella muestra de coraje, los griegos lo divinizaron. Hasta los dioses se

Murallas de Troya VI, siglo XVIII a. C. (izquierda) *y ruinas del palacio de Príamo al nordeste de la puerta Escaica* (abajo) *durante las excavaciones de Schliemann*

sintieron conmovidos, y en señal de favor, enviaron a Hermes al otro mundo a rescatarlo temporalmente, para que consolase a su viuda, la infortunada Laodamia. Cuando llegó la hora del adiós definitivo, Laodamia decidió acompañar a su esposo quitándose la vida.

Troya a la vista

La ciudad enemiga que los griegos vieron entonces era la que hoy denominamos *Troya VIIa,* la séptima de una serie que en aquella colina (los turcos la llaman Hissarlik) se habían ido superponiendo desde época neolítica. La segunda de ellas, Troya II, había sido tan opulenta, y se encontraba tan bien conservada debajo de las otras, que Schliemann, su descubridor, (véase HISTORIA 16, n.º 27), la tomó equivocadamente por la Troya cantada por Homero. Sus alhajas de oro, de tipo muy rudimentario, alcanzaron fama en el siglo XIX con el falso nombre de *Tesoro de Príamo.* Hoy yacen sepultadas entre los escombros del Berlín de la Segunda Guerra Mundial.

Troya VIIa, la verdadera ciudad de Príamo, era la continuadora de otra —Troya VI— que en el Heládico Medio (hacia el año 2000 a.C.) habían edificado concienzudamente unos inmigrantes de Europa que se mezclaron con la población preexistente. Su cerámica era la misma que aportaron a Grecia los antepasados de los aqueos o micénicos: la cerámica *minia.* Por tanto, estos nuevos troyanos —casta dirigente de la nueva Troya— eran de la misma estirpe que los griegos micénicos. Y, en efecto, Homero y los demás autores clásicos atestiguan que su lengua, usos y costumbres, incluso sus dioses, eran los mismos que los de los aqueos.

La guerra de Troya, bien claro está, fue una a modo de guerra civil, fratricida y sangrienta como son por desgracia estas guerras. Troya dominaba una región —la Tróade— que, ya lo hemos dicho, era la clave de los Dardanelos desde el sur; lugar de paso imprescindible entre Asia y Europa, por el lado de tierra; entre el Mediterráneo y el Mar Negro, por el lado del mar.

La colina en que se asentaba, entre los ríos Simois y Escamandro, ocupaba la mejor posición estratégica de toda la región; no sólo la mejor, sino la única. Parece mentira que antes de fines del siglo XIX haya habido dudas al respecto. Las verdaderas raíces de la guerra eran, pues, de una tan crasa naturaleza económica, entre pueblos hermanos, que los griegos de época clásica, horrorizados de tanta barbarie, trataron de paliarlas metiendo a los dioses en danza.

En aquella envidiable posición, las gentes que erigieron Troya VI (de la que Troya VIIa será una mera reconstrucción), gentes emprendedoras, capaces y portadoras de novedades tan importantes como los primeros caballos (*domadores de caballos* les llama Homero), no sólo construyeron una ciudad de espléndidos muros, sino que hicieron de ella el centro de un Imperio más rico y poderoso que la confederación de Estados de la Grecia micénica. Nueve años le costó a ésta, a pesar de los cien mil hombres que logró reunir, subyugar lo que con hermoso nombre Homero llama *la sagrada fortaleza de Troya.*

Sus murallas coronadas de adobe, pero asentadas hasta buena altura en un basamento de caliza, que allí subsiste hoy, labrada en sillares prismáticos, alcanzaban una grandeza de ocho a diez metros. No eran, pues, obra ciclópea, tosca y brutal, aunque no desprovista de encanto, como la muralla de Tirinto, sino *opus quadratum* de la más pura especie, como el de la arquitectura clásica. Algo parecido, pero más homogéneo, al lienzo de Micenas en que se abre la Puerta de los Leones.

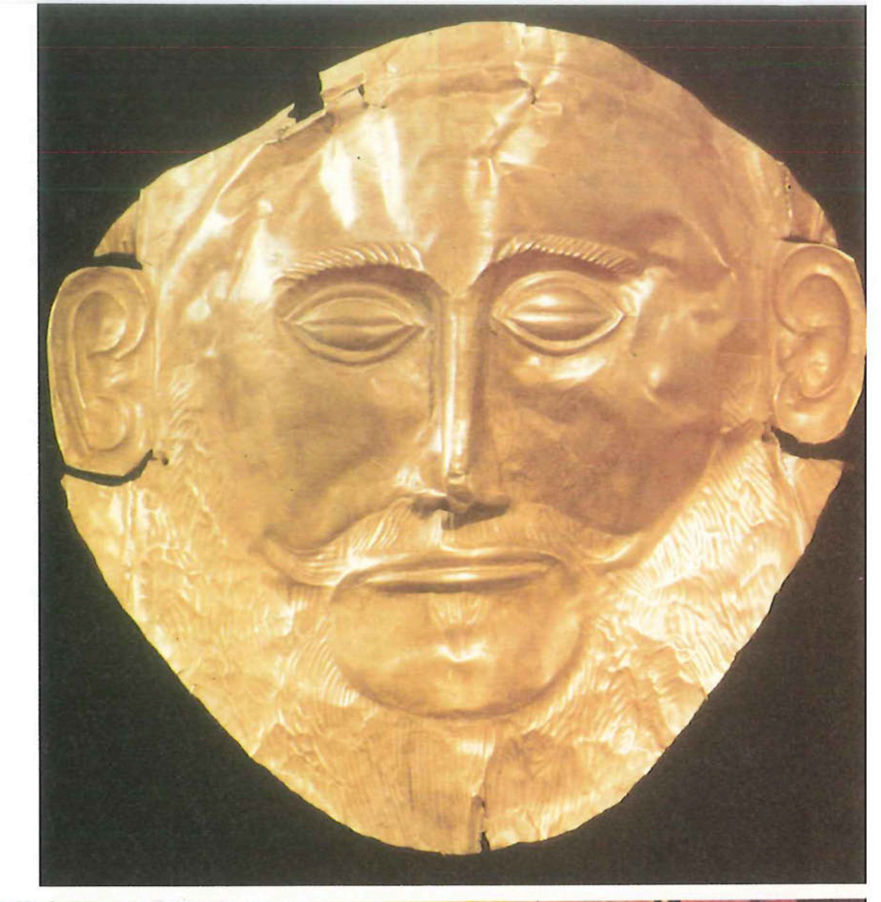
Cuatro puertas, situadas al este, sur, suroeste y oeste, se abrían en esa muralla; y aún es posible que existiese otra al norte, como de hecho había una poterna pequeña en la torre del ángulo nordeste del recinto. Otras torres rectangulares resguardaban las puertas del este y del sur.

No es de extrañar que los griegos no consiguiesen abrir brecha en este cinturón defensivo, o lo que es más: que ni siquiera lo intentasen. Sólo la estratagema del Caballo de Madera les franqueó la entrada.

En lo más alto de la ciudad se asentaba un alcázar escalonado en cuatro terrazas. Los hombres modernos sólo hemos conocido las dos inferiores y los restos de las sólidas y sencillas casas que había en ellas. De las otras dos sabemos que en la más alta se encontraba el palacio real, y en la otra las casas de la reina madre y de los hijos del rey: Héctor, Paris y los demás vivirían allí.

Los edificios cuya planta conocemos eran de tipo alargado y de una sola estancia —lo que los griegos llamaban *oikos*— o de una estancia con porche, la forma más elemental del *mégaron.* Quiere esto decir que probablemente nunca hubo en Troya el palacio descrito en la *Ilíada* (VI, 242-250).

Cuando la guerra de Troya tuvo lugar, la ciudad de Troya VI ya no sobrevivía. Hacía algún tiempo que un terremoto la había asolado, según las excavaciones han podido comprobar. Esa ciudad extinta tenía ya cerámica micénica importada, lo que indujo a Dörpfeld al error de creer que era la ciudad de la *Iliada.* No; aún en vida de este investigador, pero cuando ya Blegen dirigía las excavaciones, éste pudo verificar, y Dörpfeld tuvo la gallardía de reconocer, que la ciudad cantada por Homero era la siguiente, la VII a, que pereció a consecuencia de un incendio cuando había en ella una gran concentración



Supuesta mascarilla funeraria de Agamenón, rey de Micenas, hermano del burlado Menelao y, por tanto, cuñado de Helena (Museo de Atenas)

Aquiles y Ajax juegan a las damas en una de las interminables pausas de la guerra (detalle de un ánfora de Exequias, siglo VI a. C.)

de gentes y cuando cada casa encerraba una cantidad extraordinaria de víveres, acreditando —cosa que la epopeya no contradice— que a pesar de los muchos años de guerra, Troya no pasó hambre ni siquiera al final.

Los griegos de época clásica no estaban de pleno acuerdo sobre la fecha de la caída de Troya. La mayoría acabó aceptando la del año 1184 a.C. propuesta por Eratóstenes, fecha que nosotros solemos dar como buena. Es de tener en cuenta, sin embargo, otra con la que Blegen estaba más conforme: la de hacia 1250 a.C., patrocinada por Herodoto, y no porque éste haya sido el padre de la Historia, sino porque los datos arqueológicos se inclinan a su favor.

La guerra, equilibrada

En el momento del desembarco, los troyanos hostigaron a los griegos con armas arrojadizas, pero no pudieron impedirlo: los aqueos establecieron su cabeza de puente a la orilla del río, poniendo sus naves en seco como tenían por costumbre, bien amarradas y apuntaladas. Un extremo del inmenso despliegue de barcos lo ocupaba Aquiles con sus mirmidones; el otro, Ayax de Salamina, con sus guerreros, *confiados ambos en su valor y en la fuerza de sus manos* (*Iliada*, VIII, 224 y ss.). El centro de la línea lo tenía Ulises.

La superioridad numérica de los griegos sobre los troyanos era suficiente para que los primeros alzasen sus tiendas delante de las naves sin realizar obra alguna de fortificación. Fue esta una actitud que la Esparta de época arcaica mantuvo, cuando era la única ciudad griega carente de murallas, porque su ejército era su muralla: *defiendan los hombres a los muros y no los muros a los hombres,* rezaba el lema de aquella aguerrida comunidad.

Los aqueos tampoco tuvieron necesidad de otra protección hasta que Héctor y sus troyanos a punto estuvieron, ya en el último año de la guerra, de prenderles fuego a las tiendas y a las naves. Sólo entonces levantaron una larga empalizada, precedida de un foso, como pantalla de protección del campamento y de la flota.

Los troyanos, por su parte, contaban con el apoyo de las gentes de la región, los dárdanos, y también con el de otros aliados y simpatizantes venidos de más lejos. Por eso, a diferencia del ejército aqueo, que hablaba una sola lengua, en el troyano se hablaba multitud de ellas (*Iliada*, IV, 43).

No eran, pues, tantos como los aqueos, pero contaban con un número de combatientes lo bastante elevado para no verse encerrados en la ciudad y sometidos a cerco. En ningún momento escasean entre ellos las armas, los caballos, las provisiones, los carros ni demás pertrechos.

El equilibrio de fuerzas será, por tanto, la nota distintiva de la guerra. Mirada ésta fríamente podría interpretarse como el enfrentamiento de dos bandos que tienen perfectamente resuelta toda su problemática: sanidad, transportes, intendencia, etcétera, incluidas levas suplementarias cuando hace falta. Lo curioso es que a los griegos ni se les pasase por la cabeza tal interpretación, seguros como estaban de que lo sucedido entre aqueos y troyanos se había debido a la división reinante entre los dioses, a que Zeus, Afrodita, Apolo, Artemis y Ares no ocultaban su simpatía ni regateaban su apoyo a los troyanos; mientras que Hera, Atenea y Poseidón hacían otro tanto por los aqueos.

Todos sabían que al final Troya acabaría cayendo, pero ninguno se resignaba a aceptarlo. Aquéllos, porque querían demorar todo lo posible el final de Troya; éstos, porque deseaban acelerarlo.

La principal fuente de información sobre esta guerra es la *Iliada,* obra literaria de un género muy particular, la poesía épica, cuya misma naturaleza impone en todas las edades y en todas las lenguas la norma de realzar la figura del héroe, sobre el telón de fondo del pueblo y de los combatientes.

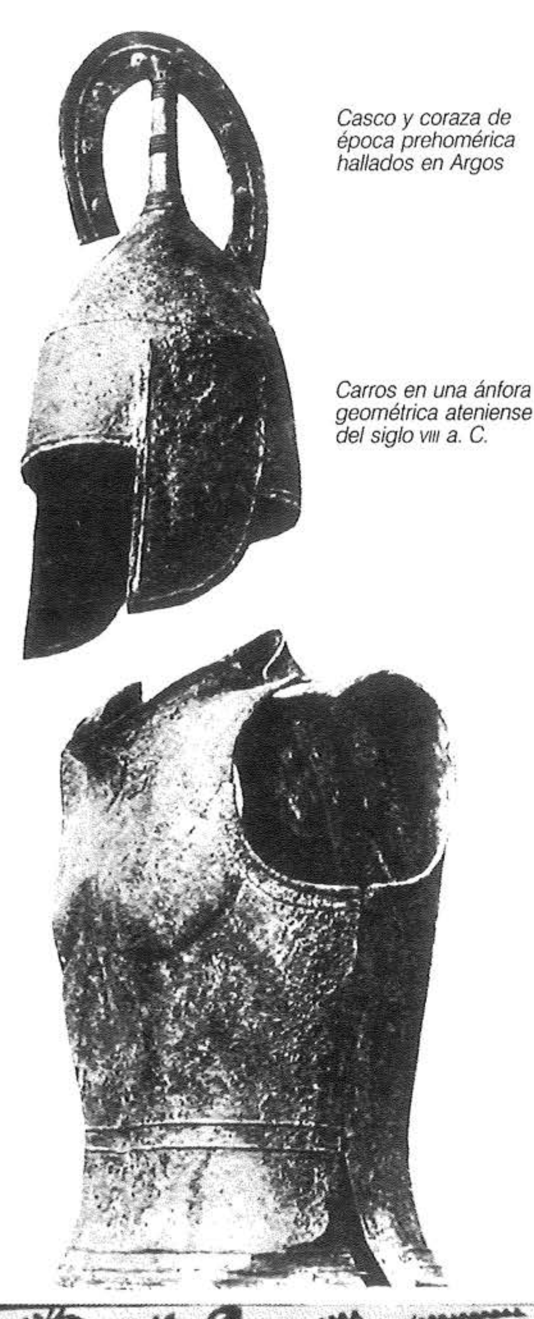
En la realidad histórica, la guerra la hace siempre el ejército como masa; pero si esto se llevase a un poema épico tal y como es, el éxito del poema se vería comprometido; pues lo que su público quiere son héroes y heroicidades, proezas y peripecias, no acciones de masas ni relaciones de miserias.

La *Iliada* se atiene a la pauta de su género. La primera impresión que produce su audición o su lectura es la de que los nobles —aqueos y troyanos— son los verdaderos contendientes, los únicos dignos de atención. Para destacarlos debidamente, el poeta los presenta acudiendo a las batallas, no a pie como la masa del ejército, sino en carros de dos o más caballos, acompañados siempre de sus respectivos aurigas, que se cuidarán de los coches durante la lucha y los tendrán a disposición de sus señores cuando éstos se apeen para combatir al frente de los suyos. La masa de los combatientes, infantes o peones, actúa como mera comparsería que realza en dócil seguimiento las heroicas figuras de sus jefes.

Sin perjuicio de que el héroe arroje un venablo o dispare su arco desde el carro, si tiene ocasión de hacerlo, a la hora de entrar en liza se apea del vehículo y elige a un adversario digno de él, un único adversario, al cual, una vez puesto fuera de combate, seguirá otro, a éste otro más y así sucesivamente.

La lucha se resuelve, por tanto, en una secuencia de duelos. Terminados éstos, el héroe vuelve a su carro, símbolo de su posición social y de su rango.

La lección histórica que pudiera derivarse de esta interpretación es la de que aquella sociedad caballeresca vivía de espaldas a un pueblo de campesinos, obreros y artesanos a los que sólo prestaba atención para servirse de ellos.



Casco y coraza de época prehomérica hallados en Argos

Carros en una ánfora geométrica ateniense del siglo VIII a. C.

Tal interpretación sería errónea, primero, por ignorar que el duelo entre campeones pertenece a la esencia misma de la épica, y segundo, porque la épica ofrece elementos suficientes para acreditar que el ejército como masa gozaba de otra consideración.

Las batallas consisten en el choque de las unidades tácticas que Homero denomina falanges, algo así como los regimientos de nuestros ejércitos cuando marchan en orden cerrado.

Ni en este punto, ni en ningún otro había diferencias sensibles entre griegos y troyanos. Los estudiosos modernos han creído durante algún tiempo que las falanges homéricas eran muy distintas de las falanges de la Grecia clásica, pero el hallazgo de una armadura del siglo VIII a.C. verificado en Argos los ha sacado de su error.

La falange, como todas las instituciones, evolucionó en el curso de los siglos, pero Homero, o como se llamase el poeta que dio a la *Iliada* sus últimos y definitivos toques, conocía tropas armadas y formadas a la manera de la falange, que antes se consideraba nacida en el siglo VII a.C., y por tanto con posterioridad a la época de Homero.

Estaban las falanges constituidas por soldados revestidos de coselete, casco y grebas, y armados de lanza, espada y escudo redondo, sujeto al brazo izquierdo por dos asideros: una abrazadera en el centro *(pórpax)*, para pasar por ella el antebrazo hasta cerca del codo, y un asa por dentro del borde *(antilabé)* que se agarraba con la mano. Este es el escudo, redondo y cóncavo, que los griegos llamaban *hoplon*, de donde el nombre de hoplitas dado a sus soldados de infantería.

Los hoplitas combatían en formación cerrada, de varias líneas consecutivas, formando con sus escudos un frente lo más compacto posible. La instrucción les enseñaba los movimientos necesarios para reemplazar a los heridos o a los fatigados de la primera línea; también a proteger a los heridos y evacuarlos, procurando siempre mantener la formación y que en ella no se abrie-



ran grietas. La línea que se buscaba romper, era, naturalmente, la del enemigo.

El célebre jarro corintio denominado Vaso Chigi representa de forma abreviada el choque de los huestes de hoplitas. Protegidos por sus escudos, adornados de pavorosas divisas, destinadas a minar la moral del enemigo, las falanges se acercan una a otra marchando al son de la flauta que toca un músico desprovisto de armadura y de otras armas cualesquiera que no sean su flauta: *combatir con flautas* —escribía Ortega y Gasset— *significa marchar con ritmo, en orden y fila; en suma, en cuerpo táctico.*

Nadie puso nunca en duda que el Vaso Chigi representase unas falanges; pero el Vaso Chigi pertenece a principios del siglo VII y no parecía posible que antes de ese siglo, o sea, en tiempos de Homero y de la cerámica geométrica de finales del siglo VIII, se emplease una formación semejante.

El combate más homérico que libros como el de Miss Lorimer le permitían a uno imaginar era el del ritón de plata de la Tumba IV de Micenas, con aquellos arqueros y lanceros que se disputan la posesión de un cerro en simpático y pintoresco desorden.

Sin negar que los datos aportados por este ritón convengan a los estratos más antiguos de la epopeya homérica, hay que reconocer hoy que los pasajes más modernos de la misma revelan el conocimiento de armaduras como la de Argos, y de una táctica todo lo rudimentaria que se quiera, pero que en nada repugna a la de la falange posterior.

Como ilustración muy expresiva cabría poner la formación de los mirmidones en la *Iliada*. Aquiles acaba de pronunciar la soflama que excitará sus ánimos *como los de las avispas a quienes unos zagales han destrozado el nido.* Después de la arenga, leemos:

Así diciendo levantó el coraje y el ánimo de cada uno, y más aún se apretaron las filas al escuchar a su rey. Como cuando un hombre construye la pared de una alta casa con piedras muy ajustadas para contrarrestar la fuerza de los vientos, así los yelmos y los escudos provistos de umbos se aproximaban unos a otros, escudo a escudo, yelmo a yelmo, hombre a hombre. Los penachos de crines de caballo asentados en los relucientes yelmos se tocaban unos a otros cuando los hombres movían la cabeza, de tan juntos como estaban entre sí. Al frente de todos ellos se pusieron dos hombres, Patroclo y Automedonte, plenamente acordes para luchar en la vanguardia de los mirmidones (Iliada, XVI, 210-220).

Llegados aquí, las reglas del juego de la epopeya exigirán de inmediato que la atención se fije en Patroclo; que sea él quien vaya diezmando a dignos enemigos y abriendo brecha en la formación contraria hasta hacerla huir. Pero no cabe duda de que en la práctica, como podrá observar cualquier lector reflexivo, era la falange compacta y aguerrida de los mirmidones, la que haciendo lo mismo que Patroclo, lograba aquel resultado.

Desarrollo de una batalla

La fase preliminar consiste en un movimiento de aproximación de los contendientes en orden cerrado, hasta que ambos se ponen al alcance de sus armas arrojadizas: flechas, piedras y venablos o lanzas. Estas últimas tienen una importancia especial, porque aun cuando no hieran o maten a un enemigo, si logran clavarse en su escudo, lo ponen en situación de inferioridad, a menos que consiga librarse del estorbo.

Tras este preámbulo se produce la primera fase de la lucha cuerpo a cuerpo: el choque de los *prómachoi*, como se llama a las vanguardias. Aunque se considere a éste como encuentro preliminar, a veces uno de los bandos consigue en él romper el frente contrario y abrir brecha en la falange enemiga, objetivo primordial del encuentro.

Cuando uno de los bandos, o de los adalides de este o del otro bando, consigue su propósito de romper el frente enemigo, las fuerzas de éste tratarán de ponerse a salvo huyendo en desbandada. Es menester entonces que algún valiente les eche en cara su cobardía, los detenga y restablezca la formación de la falange. Con ello se vuelve a la primera fase —la de las armas arrojadizas— a la que seguirá el cuerpo a cuerpo con lanzas y espadas.

A menudo ocurre que se llega al final de una jornada de lucha sin que ninguno de los bandos haya alcanzado un resultado positivo. Ha de ser entonces un dios o la caída de la noche quienes pongan término a la batalla, que se reanudará al día siguiente, apenas la aurora *de rosados dedos* despunte en el horizonte.

Considerando que un hombre, por fuerte que sea, no puede luchar con armas pesadas más de unos minutos, el problema de organización estribaba en saber reemplazar a los exhaustos y en mantener a los reservas fuera de peligro hasta la hora de intervenir, para que su moral no se resquebrajase ante el riesgo de ser heridos mientras se hallaban a la espera.

En el espacio aproximado de un mes, que es lo que dura la acción de la *Ilíada*, tienen lugar tres batallas campales y se entabla una cuarta en la que Aquiles hace una carnicería de troyanos.

La primera de las batallas es consecuencia de un sueño engañoso que Zeus envía a Agamenón prometiéndole la victoria. Cuando ya los ejércitos están dispuestos al encuentro, Paris desafía a los capitanes griegos y Menelao acepta el reto. Los dos protagonistas más comprometidos en la guerra van a dirimir la cuestión, con Helena como premio para el vencedor, en un combate singular.

Ni que decir tiene que Menelao saca ventaja a Paris, pero no logra acabar con él por la pro-



Otra versión de la muerte de Pentesilea por Aquiles (detalle de una copa del pintor de Pentesilea, siglo V a. C.)

Combate entre falanges (detalle del Vaso Chigi, siglo VII a. C.)

tección que Afrodita dispensa a su favorito. Cuando se están viviendo unos momentos de tregua y los griegos reclaman el cumplimiento de lo pactado, el troyano Pándaro rompe el convenio y se reanudan las hostilidades.

Los griegos, luchando del modo arriba descrito, consiguen romper las falanges troyanas. Diómedes es la gran figura de la jornada: no sólo acaba con eminentes troyanos, sino que logra herir a dos divinidades partidarias de aquéllos; primero a Afrodita y después al mismísimo Ares, el dios de la guerra.

Se produce entonces un duelo ceremonial entre Héctor y Ayax, una lucha anacrónica, a lo que hoy sabemos, entre un hombre de los siglos XVI-XV a.C. y otro del siglo VIII. El primero de ellos es Ayax, armado del enorme escudo micénico de forma de 8 —*como una torre,* dice Homero— que estaba en uso cuando no se empleaban coseletes para el cuerpo ni grebas para la protección de las piernas. El segundo es Héctor, un hoplita que por llevar armadura entera puede ahorrarse la incomodidad de un escudo tan aparatoso como el *sakos* y llevar una simple *aspís* redonda en el brazo izquierdo. Siete siglos de diferencia separan a los combatientes de este desfasado duelo, del que ambos salen indemnes.

El encuentro se interrumpe con la caída de la noche y la retirada de los griegos a su campamento y de los troyanos a su ciudad.

La jornada siguiente da comienzo con la intervención, muy poco deportiva, de Zeus a favor de los troyanos. Los resultados no se hacen esperar: pies en polvorosa para los griegos y resonante victoria para los troyanos. Una vez más ha de ser la noche quien ponga término a la refriega, salvando a los griegos del desastre. Aquella noche, los troyanos ni siquiera buscan la protección de sus muros; acampan en presencia del enemigo a quien han humillado.

Dependiendo los resultados de la voluntad cuando no del humor caprichoso de los dioses, poco margen les quedaba a los hombres para la estrategia y otros recursos de su ingenio. Así llevaban griegos y troyanos nueve años de lucha y se encontraban ya en el décimo, que había de ser el último. Los muros de Troya estaban incólumes; las puertas Esceas y todas las demás, intactas; las fuerzas, plenamente equilibradas, gracias a los refuerzos periódicos que recibían, algunos, como el de los etíopes, venidos de muy lejos.

Días de tregua

Cuando Aquiles entraba en acción, los griegos mostraban una cierta superioridad; pero cuando se abstenía de combatir, como ocurre en dos tercios de la *Iliada,* los troyanos, capitaneados por Héctor, les sacaban ventaja.

De hecho, la *Iliada* es un canto a la nobleza de Aquiles, pero no lo es menos a la gallardía de Héctor. Así lo revela el hecho de que el poeta no relate los hechos hasta la muerte de Aquiles, y cese en su canto cuando, llena de melancolía, su voz se apaga diciendo: *así celebraron los troyanos los funerales de Héctor, domador de caballos.*

Los días de lucha eran los menos. Tras ellos solían venir los dedicados a incinerar a los muertos y a dar sepultura a sus cenizas bajo un túmulo, como lo requería el ritual vigente en tiempos de Homero. La época micénica, en cambio, era partidaria y practicante de la inhumación e incluso del embalsamamiento de los cadáveres. Pero esto Homero no lo sabía o no quiso saberlo, pues en sus tiempos sólo se inhumaba a los pobres de solemnidad, que no podían costear un carro de leña, o a quienes morían de mala muerte, como le sucedió a Ayax, que se quitó la vida por su propia mano.

He aquí el sobrio relato que el poeta de la *Iliada* (VII, 421 y ss.) hace de un par de jornadas de tregua:

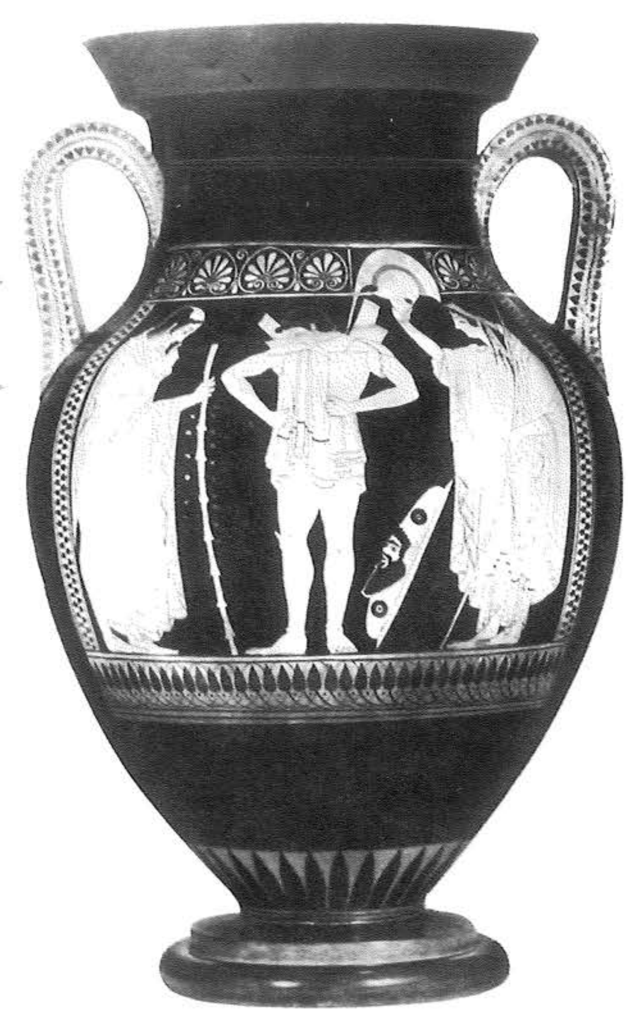
Apenas el sol iluminó los campos, tras abandonar el profundo y refluyente océano, y comenzó a remontarse al cielo, los dos bandos se volvieron a encontrar. Trabajo les costó identificar cada uno a los suyos; con agua les lavaron la sangre coagulada; en medio de llantos los fueron cargando en las carretas. El gran Príamo no consentía que los troyanos gimiesen; éstos, con el corazón afligido, amontonaron en silencio los cadáveres en la pira; luego encendieron el fuego y se retiraron hacia la sagrada Ilion.

Del mismo modo, los aqueos, con el corazón afligido, apilaron los cuerpos de sus muertos y, tras prenderles fuego, se encaminaron a las cóncavas naves.

Cuando la aurora del día siguiente aún no había despuntado, sino que la noche se debatía entre la luz y la oscuridad, lo más escogido del ejército de los aqueos se congregó en torno a la pira y erigió a su alrededor un único túmulo realzado sobre el llano, igual para todos.

A su lado edificaron un muro de altos bastiones para defensa de las naves y de ellos mismos, y en él hicieron puertas bien ajustadas para dar entrada y paso a los carros. Y por fuera del muro cavaron un profundo foso, ancho y grande, en el que hincaron estacas...

Una vez acabada la obra, los aqueos mataron bueyes y prepararon la cena en sus tiendas. Estaban presentes muchos barcos procedentes de Lemnos que habían aportado el vino enviado por Euneo, el hijo de Jasón, pastor de hombres, a quien Hipsipila había traído al mundo. Mil medidas habían llegado... A los barcos les compraban el vino los aqueos de largas cabelleras, unos a cambio de bronce, otros de reluciente hierro, otros a cambio de pieles, otros de ganado, otros, en fin, de esclavos. E hicieron un copioso festín. Toda la noche dedicaron los aqueos a la celebración, y los troyanos hacían otro tanto en la ciudad, ellos y sus aliados. Y toda la noche el prudente Zeus se la pasó maquinando, de-



seándoles el mal y tronando de manera terrible. Un lívido pavor se apoderó de todos ellos y dejaron caer al suelo el vino de sus copas sin atreverse ninguno a beber antes de haber hecho una libación en honor del hijo de Cronos, el omnipotente. Después se acostaron y cogieron el don del sueño.

Muy en los primeros tiempos de la guerra, Aquiles aprovechó una de aquellas jornadas apacibles para quitar de en medio a Troilo, el más joven de los hijos de Príamo. La *Cipria,* uno de los poemas perdidos del ciclo correspondiente a la guerra de Troya, refería este suceso. Una vez más, el oráculo había hecho saber a los griegos que Troya no podría ser conquistada si Troilo, entonces un niño, alcanzaba la mayoría de edad.

Aquiles se encargaría de impedirlo. El momento elegido fue una de aquellas tardes en que reinaba una tranquilidad tal, que las muchachas troyanas iban a llenar sus cántaros del agua de una fuente situada en pleno campo a extramuros de la ciudad, y los viejos, como Anténor y el mismo rey Príamo, salían a estirar las piernas y a sentarse al sol.

Aquiles había observado cómo también Troilo solía aprovechar la calma para llevar sus caballos a abrevar a la fuente, de modo que aquel día se apostó en las cercanías del lugar y esperó su llegada. Cuando Aquiles salió de su escondite, Troilo emprendió la huida al galope de sus dos caballos; Aquiles no cedía a éstos en velocidad y logró dar alcance a los perseguidos. Troilo buscó la protección del altar de Apolo; pero de nada le valió, pues allí mismo lo inmoló su perseguidor.





Héctor armándose en presencia de Príamo y Hécuba (arriba). *Aquiles cura las heridas de Patroclo* (izquierda). *Casco de guerrero griego del siglo* VIII *a. C. hallado en Olimpia* (derecha)

El homicidio tuvo lugar a la vista del padre y de los hermanos del niño, y también de cuantos troyanos habían acudido a socorrerlo. Presente, asimismo, aunque invisible a los mortales, estaba Apolo. Allí y entonces se la juró Apolo a Aquiles, aunque había de pasar mucho tiempo para que la venganza se cumpliese. Apolo había de ser quien, llegada su hora, dirigiese la flecha de Paris hacia el talón de Aquiles, que era en todo su cuerpo el único punto vulnerable.

Las trabas mágicas

Concatenaciones como la del veinte cumpleaños de Troilo con la suerte de Troya hubo varias. Los griegos tuvieron que solventarlas a medida que iban teniendo conocimiento de ellas.

Aquiles, por ejemplo, sabía que su suerte y la de Héctor estaban indisolublemente unidas: su muerte habría de sobrevenirle a poco de la de Héctor. Siendo, por tanto, él el primero en desear que a Héctor no le sucediese tal desgracia, hizo falta que éste cometiese un acto tan doloroso para Aquiles, como causar la muerte de su mejor amigo, Patroclo, para que Aquiles despreciase al destino y acabase con la vida de Héctor.

Unos días después, y cuando ya la *Iliada* ha concluido con los funerales de Héctor, Aquiles se acerca combatiendo a la muralla de Troya; se acerca más de lo debido, porque allí está agazapado Paris, aguardando su oportunidad. En efecto, una flecha disparada por el troyano atina con el punto flaco de Aquiles, que cumple así lo que el destino le tenía reservado.

Una variante del mito, posterior a la época de Homero, refiere que Aquiles se enamoró de Polixena, hija de Príamo, y pidió la mano de la princesa. Durante la ceremonia, unos troyanos, con Paris a la cabeza, le tendieron una emboscada en la que Aquiles encontró la muerte. Después de la caída de Troya, la sombra de Aquiles exigió que sus compañeros de armas sacrificasen en su honor a Polixena. El hijo de Aquiles, Neoptolemo, incorporado a las filas griegas a poco de la muerte de su padre, se prestó a actuar de verdugo.

La muerte de Aquiles, seguida de la de Ayax con escasa diferencia, hizo desesperar a los griegos de su capacidad para tomar Troya. En el mejor de los casos, la posibilidad de hacerlo parecía tan distante como el primer día de la guerra, ahora que habían transcurrido ya nueve años largos. El adivino Calcas se sentía incapaz de averiguar la voluntad de los dioses y se limitaba a aconsejar a los suyos que se apoderasen de Heleno, un troyano que conocía el futuro, e inquiriesen de él cuáles eran las medidas a tomar.

Ulises logró capturar a Heleno, quien manifestó que para vencer a los troyanos era menester combatirlos con el arco y las flechas de Hércules. Pero estas armas estaban ahora en poder de Filoctetes, un jefe griego a quien sus compatriotas habían abandonado durante la travesía del Egeo, rumbo a Troya, en la isla de Lemnos, a causa de una pestilente herida producida por la mordedura de una serpiente.

Aunque la isla estaba entonces desierta, sus compañeros de aventura consideraron que teniendo Filoctetes en su poder las armas de Hércules, lograría encontrar sustento y sobrevivir. Con todo, Filoctetes sufría amargamente por su dolencia, su soledad, y sobre todo, por el recuerdo de la afrenta de que le habían hecho víctima.

En tales circunstancias, a nadie le entraba en la cabeza que Filoctetes se hallase dispuesto a colaborar. Hizo falta que Ulises pusiese en juego todas sus facultades para ir en su busca, convencerlo y aportar no sólo las armas que aquél había heredado de Hércules, sino su persona para manejarlas.

Sometido al oportuno tratamiento médico, Filoctetes sanó de su herida y pronto estuvo en condiciones de combatir. En su primer encuentro hizo ya una carnicería de los troyanos. Su víctima más señalada fue entonces Paris, que alcanzado por una de la flechas, pagó con su vida la felonía que le había hecho a la ninfa con quien convivía en el monte antes del rapto de Helena. La ninfa rehusó entonces proporcionarle el ungüento que hubiese podido curarle la herida y de ella murió el hermoso Paris.

Esta muerte no supuso una pérdida grave para los troyanos; pero con todo, el fin de Troya se aproximaba. El destino le jugó una vez más una mala pasada: los griegos averiguaron que para adueñarse de ella habían de entrar en posesión del Paladion; es decir, de la imagen de Palas Atenea que presidía la acrópolis de Troya.

En esta ocasión fue Diómedes el autor de la hazaña, secundado por Ulises, que le ayudó a escalar la muralla en una noche oscura como la pez. El héroe argivo trajo en sus fuertes brazos el ídolo de la diosa, no sin que el celoso Ulises maquinase el modo de llevarse él la gloria de aquel triunfo.

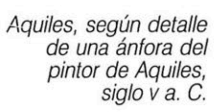
Como si el Paladion los inspirase, los griegos comprendieron al fin que sólo desde dentro de las murallas, de aquellas murallas inexpugnables, serían capaces de superar a sus rivales. No quedaba más alternativa que la de encontrar un ardid para penetrar en el recinto sin ser advertidos, o de lo contrario, aceptar resignadamente la derrota.

Una vez más el ingenio de Ulises dio muestras de su inagotable inventiva, urdiendo una de las tretas más famosas de la historia; una estratagema que con las oportunas variaciones ha vuelto a repetirse en otras guerras de todos los tiempos y lugares: la conocida con el nombre del Caballo de Madera.

Se trataba de dar con un medio de introducir un puñado de hombres en el interior de la ciudad sin levantar la menor sospecha entre sus

Andrómaca y Héctor (detalle de una crátera calcídica, siglo VI a. C.)

El caballo de Troya, según detalle del ánfora de Mícono, período orientalizante



Aquiles, según detalle de una ánfora del pintor de Aquiles, siglo V a. C.







defensores. Algo tan maravilloso como un caballo gigantesco, que impulsase a los troyanos mismos a hacerlo suyo, aun a costa de abrir brecha en su cinturón defensivo, ofrecía las máximas garantías de éxito.

Ulises encargó a un diestro carpintero, probablemente un constructor de buques, diseñar y construir un caballo lo bastante grande para albergar en su interior a una patrulla de selectos guerreros, entre los que él mismo se disponía a figurar.

Cuando todo estaba dispuesto, los griegos se embarcaron en sus naves y fingieron zarpar rumbo a su patria, si bien en realidad iban a ocultar la flota detrás de una isla próxima. Para desorientar más a los troyanos, Ulises dejó atrás a uno de sus hombres, Sinón, que les hiciese creer dos cosas: primero, que a él lo habían elegido como víctima para aplacar la cólera de Atenea, irritada con los griegos por el robo del Paladion; segundo, que el caballo era una ofrenda a la misma diosa, y que su gran tamaño respondía al propósito de que los troyanos no lo metiesen en su ciudad, sino que lo destruyesen, para granjearse así otra vez la enemistad de Atenea.

La estratagema dio el resultado apetecido y Troya fue tomada por sorpresa: la patrulla logró entrar sin ser advertida, abrió de noche las puertas a las unidades apostadas fuera, y entre todos ocuparon varios puntos clave dentro de la ciudad. Cuando la alarma cundió entre los troyanos, era ya demasiado tarde y el fuego y la carnicería estaban en marcha.

En época clásica, el episodio del Caballo de Madera resultaba tan increíble, que seguramente Eurípides no era el único en resistirse a aceptarlo tal y como el relato tradicional lo refería. Que el relato había sido aceptado a pies juntillas lo acreditan muchos documentos gráficos del período arcaico, como el relieve de un ánfora de Mícono, donde el caballo aparece provisto de ventanillas a las que se asoman las cabezas de sus ocupantes.

Eurípides, sin embargo, se inclinaba por otra versión más científica, basada en la etimología: para él, Caballo de Madera (*Doureios Hippos*, en griego) sólo quería decir *caballo portador de lanzas (dory) con asta de madera*. Según esto, el dios Poseidón se refiere así a él en el preámbulo de *Las troyanas: Un habitante del monte Parnaso, el foceo Epío, gracias a una ingeniosa ocurrencia que le inspiró Palas, construyó un caballo lleno de armas e introdujo en el interior de los muros el funesto ídolo que la posteridad llamará el Caballo de Madera, porque llevaba escondidas en sus entrañas las astas de las lanzas*. Eurípides —y sin duda otros muchos con él— se resistía a creer que el caballo estuviese hecho de material lígneo.

Hemos constatado la imposibilidad de hilvanar un relato de la guerra de Troya totalmente de espaldas a las maravillas, fantasías, anacronismos y hasta despropósitos de que los antiguos la rodearon y adornaron. Gracias a eso, la *Ilíada* es un libro del que lo mismo puede disfrutar un niño de ocho años que un viejo de ochenta; es más, un viejo de ochenta que lo leyó por primera vez cuando era niño y otras muchas veces a lo largo de su vida. Heine, decía algo parecido del *Quijote:* lo leía cada cinco años, y cada vez le parecía distinto.

Bien, pues sin esos complementos, el hilo de la guerra quedaría reducido al extenuante y monótono asedio de una ciudad entre fuerzas niveladas, ocurrido hace más de tres milenios. Que ese asedio tuvo lugar lo han demostrado las excavaciones; pero saber qué ocurrió realmente durante el mismo es harina de otro costal, por más cábalas que se hagan.

Tal vez Paris, por ejemplo, de quien tanto sabemos que podríamos decir de él —como de Helena o de Ulises— que es uno de los tipos humanos más conocidos del mundo, no haya sido en realidad ese tarambana en quien los griegos se han empeñado en hacernos creer. Los archivos de Bogazkoy, la capital de los hititas, destruida aproximadamente a la par de Troya VIIa, hace referencia a un rey, vasallo de los emperadores hititas, que se llamaba *Alaksandus* de *Wilusa*.

El nombre tiene un aspecto tan semejante a lo que en griego sería *Aléxandros* de *Ilios* o *Ilion*, que no han faltado quienes hayan propuesto dar por buena la identidad de ambos. Pero resulta que Aléxandros era el nombre oficial de Paris, y Homero así lo proclama, de modo que tal vez el personaje histórico, de carne y hueso, que había de inmortalizarse con el poco ejemplar perfil del hermoso Paris, no fuese más que un digno reyezuelo de aquel rincón de *Asuwa* (origen del nombre de Asia) que los hititas denominaban *Wilusa*. Si los hititas supieron algo de sus fechorías, desde luego no lo hicieron constar en sus escritos.

El hecho de que a finales del segundo milenio a.C. tuviese lugar la destrucción y el incendio de Troya VIIa no quiere decir que interviniesen en el mismo todos los personajes que la epopeya griega agrupa a su alrededor. Ya hemos apuntado el desfase cronológico que se aprecia en el duelo ceremonial entre Ayax —un guerrero armado a la usanza micénica— y Héctor —un hoplita del siglo VIII a. C. El autor de la *Ilíada* no era un arqueólogo y por tanto no estaba en condiciones de advertir el anacronismo en que incurría al mezclar dos estratos muy distintos del legado oral que estaba manejando.

El que el poeta armase a Héctor con la panoplia de un guerrero de su propio tiempo, no quiere decir tampoco que este Héctor, o el Héctor prototípico, no fuese un guerrero de tiempos antiquísimos. En efecto, tanto su nombre como el de Aquiles aparecen en los archivos micénicos, pero no como nombres de príncipes, sino —cosa curiosa— como de esclavos, como si ya en el segundo milenio la poesía épica de entonces los hubiese popularizado tanto, que hasta los esclavos se los apropiaban. Si tal hubiese sucedido, la guerra de Troya como hecho histórico habría sido urdida de un modo rapsódico reuniendo personajes y sucesos de multitud de siglos diferentes.



Escudo de bronce de Palaikastro, Creta (Museo de Herakleion)

El escudo de Aquiles

CUANDO a Homero se le ocurrió la travesura de meter una obra de arte dentro de otra, como hizo al describir por lo menudo el escudo de Aquiles *(Iliada,* XVIII, 478-608), no sólo inventó un nuevo género literario, la *ékphrasis,* o descripción poética de una obra de las artes plásticas, sino que sentó un precedente que había de traer como secuela inmediata el que otro poeta, el Pseudo-Hesiodo, compusiese su *Aspís* o *Escudo de Heraklés,* y el que otros muchos artistas de la pluma se animasen a discurrir sobre insignes escudos —Esquilo sobre las rodelas de los Siete contra Tebas, Virgilio sobre el escudo de Eneas, Nonno sobre el de Diónysos— cuando no también sobre obras de arte o artesanía tan varias como los tapices de Ión (Eurípides), las puertas del antro de la sibila (Virgilio), las también puertas del templo de Hércules, en Cádiz (Silio Itálico), que debieron de ser algo así como las puertas de Ghiberti en el Baptisterio de Florencia, y hasta el lecho nupcial de Peleo (Catulo).

La descripción homérica del escudo de Aquiles no era algo tan superfluo como estimaba Zenodoto, con sabia pedantería, ni tan *extravagant* como la tilda el más reciente de sus estudiosos (1). El *sakos* de Homero (así prefiere éste llamarlo frente a sólo una vez *aspís)* ofrece una de esas pausas con que el poeta da un poco de respiro a sus oyentes en medio del casi continuo fragor de las batallas.

Como observa muy bien Schadewaldt, en su agudo y profundo comentario al pasaje, la *ékphrasis* del escudo señala el momento crucial en que Aquiles depone su actitud de no combatir para empuñar de nuevo las armas, con la doble certidumbre de que va a dar muerte al más odiado de sus enemigos, pero también de que a cambio de esa satisfacción va a perder el más precioso de los dones: el de su propia vida. El momento bien merecía, pues, un punto de reposo (2).

Homero describe el escudo como obra de un dios, y no de uno cualquiera, sino de los gran-

des, de los que *habitan en olímpicas mansiones: Hephaistós,* el Vulcano de los romanos, dios del fuego entre ellos, pero más que esto, sólo para los griegos, dios de la forja y de las artes del metal, grande y formidable artesano. Cuanto sale de sus manos es admirable de ver, radiante, hermoso en grado superlativo, técnicamente perfecto.

Al recalcar estas virtudes en el preámbulo de su descripción, que voy a traducir a mi manera de arqueólogo, Homero parece querer disuadirnos de buscar fuentes y paralelos a la obra de arte que nos presenta. Los antiguos, en efecto, no se molestaron en allegar documentos al respecto, pero no así los modernos, llevados de esa sed de saber y comprender que con Goethe caracteriza a los europeos: *yo soy del linaje de esos* —dice el poeta alemán— *que de lo oscuro a lo claro aspiran.*

Traducción (Iliada, XVIII, 478 sigs.)

Antes de dar la traducción, permítaseme una explicación. Yo tuve la suerte de iniciarme en el estudio del griego con un gran filólogo, don Abelardo Moralejo Laso, y en una entonces plácida Universidad, la de Santiago de Compostela. En aquel remanso de paz y de silencio, sólo interrumpido a sus horas debidas por las rotundas campanadas del reloj de la catedral, traducíamos los estudiantes de segundo de Letras el canto XVIII de la *Iliada,* y con él la descripción del escudo de Aquiles.

Han pasado desde entonces cuarenta y cuatro años y han sucedido en el mundo muchísimas cosas, pero creo que ninguno de los que entonces estudiábamos en Santiago hemos podido olvidar el contraste entre aquella existencia bonancible —campanas, soportales, versos de Homero— y los horrores de la guerra, que entonces se cebaba en la mayor parte de Europa.

Con los años propendemos a recrearnos en las memorias de la infancia y de la juventud. Entre esas memorias está muy viva la del escudo de Aquiles, que en cierto modo me ha acompañado en mi vida como una mascota. Por eso agradezco mucho a HISTORIA 16 que con motivo de éste su aniversario, me permita recrearme en ese recuerdo.

Empezó por hacer un escudo grande y pesado; lo labró con arte por todas partes; alrededor le adosó un triple reborde brillante, y a partir de éste, un tahalí de plata.

Cinco eran las capas del escudo, en el que hacía sus obras de arte con ingeniosa inventiva.

Allí cinceló la tierra; allí, el cielo; allí, el mar; el sol infatigable, la luna llena; allí, las constelaciones todas, de que el cielo se corona: las Pléyades, las Híades y la fuerza de Orión; la Osa, a la que llaman Carro por otro nombre; ella gira sobre sí misma y contempla a Orión; sólo ella no tiene parte en los baños del océano.

Allí labró dos ciudades de hombres mortales, ciudades hermosas las dos. En la una se celebraban bodas y festejos. A las novias las llevaban por el pueblo desde sus aposentos, bajo antorchas encendidas y al son de muchos cantos nupciales. Los mozos daban vueltas bailando, mientras entre ellos las flautas y las liras hacían oír sus sones. Las mujeres del pueblo, cada una en el portal de su casa, los contemplaban admiradas.

Mientras tanto, los hombres estaban reunidos en la plaza. Se había producido un litigio: dos hombres se disputaban el dinero a pagar por otro hombre al que uno de ellos había matado; éste aseguraba haber pagado ya todo, y lo acreditaba ante el pueblo; el otro negaba haber recibido nada. Los dos apelaban a un testigo en busca de la prueba decisiva. El pueblo aclamaba a ambos, apoyando a uno o a otro, mientras los heraldos contenían a la multitud. Los ancianos, sentados en piedras lisas, en el sagrado corro, tenían en sus manos los cetros de los heraldos, de sonoras voces, y poniéndose en pie, uno tras otro, emitían sus dictámenes. En medio de ellos reposaban dos talentos de oro, para dárselos a aquel que entre ellos dictase la sentencia más recta.

A la otra ciudad la asediaban dos huestes de





guerreros de relucientes armaduras. Una doble solución ofrecían: o arrasar la ciudad o partirlo todo en dos mitades (una para ellos y otra para los sitiados), todo lo que en bienes poseía la hermosa ciudad dentro de sus muros. Pero los sitiados no se dejaban convencer y se armaban para tender al enemigo una emboscada. Sus mujeres y sus hijos pequeños ocupaban y hacían guardia en la muralla, y con ellos los hombres a quienes la edad impedía. Los demás emprendieron la marcha; iban a su frente Ares y Palas Atenea, los dos de oro y revestidos de ropas de oro, hermosos y grandes en sus armaduras y fáciles de reconocer como dioses por su estatura, pues la gente, a su lado, era mucho más baja.

Cuando éstos llegaron al paraje que les parecía apropiado para la emboscada, en un lugar del río donde todos los ganados abrevaban, se apostaron con sus armaduras de llameante bronce. A un cierto trecho, adelantaron a dos ojeadores de los suyos para que les hiciesen señal cuando avistasen a las ovejas y a los bueyes de encorvadas cuernas. Estos llegaron en seguida, custodiados por dos pastores que se recreaban tocando la siringa sin recelar de la emboscada. Cuando los escondidos se percataron de su llegada, se arrojaron sobre ellos y los mataron, al tiempo que rodeaban a la manada de bueyes y a los rebaños de níveas ovejas.

Cuando los enemigos, desde el lugar del asedio, percibieron el estrépito que levantaba el ganado, se apresuraron a montar en sus veloces caballos y, poniéndose en marcha, no tardaron en llegar a su destino. Formadas las huestes en las riberas del río, libraron batalla, acometiéndose con sus lanzas de bronce. Entre ellos se debatían Eris, Kydoimós y la terrible Ker (3), que había hecho presa en un recién herido, en otro ileso aún, y en otro muerto, a quien arrastraba por los pies en medio de la refriega. El trapo que llevaba por los hombros estaba enrojecido por la sangre de los combatientes. Los tres entraban en liza y combatían como si fuesen mortales, y se arrebataban unos a otros los cadáveres de sus muertos.

En otro sector puso un blando barbecho, una tierra de labor, holgada y tres veces arada al año. Muchos labradores bregaban en ella, a vueltas con sus yuntas. Cuando los unos llegaban de regreso al término del campo arado, un hombre les salía al encuentro y les ponía en las manos una taza de vino dulce. Aquéllos se volvían prestos a los surcos, ansiando llegar al confín del hondo barbecho. Este se ennegrecía por detrás de ellos, pese a ser de oro; pero esta maravilla se producía.

En otro sector puso un terreno acotado de patrimonio real. Allí, jornaleros provistos de afiladas hoces en sus manos segaban la mies. Algunos manojos caían a tierra en fila, a lo largo de los surcos; otros eran atados en haces por los gavilleros con ligaduras de paja. Los tres gavilleros sobresalían; en pos de ellos, unos niños recogían los manojos y, llevándolos en brazadas, se los entregaban diligentes. Entre ellos, el rey, cetro en mano, alzábase en silencio en medio de la siega lleno de gozo su corazón. A cierta distancia, unos heraldos preparaban un festín a la sombra de una encina; estaban ocupados en un buey de gran tamaño que habían sacrificado. Las mujeres, mientras tanto, amasaban mucha harina blanca para la cena de los jornaleros.

En otro sector puso una viña grande, cargada



Izquierda: *Protector de cintura, siglo VII a. C. (Colección Norbert Schimmel, Nueva York).* Centro: *Casco cretense de bronce del siglo VII a. C. (Colección Norbert Schimmel, Nueva York).* Derecha: *Peto cretense de bronce del siglo VII a. C. (Museum für Kunst und Gewerbe, Hamburgo)*

de racimos, hermosa y áurea; arriba, eran los negros racimos. De un extremo a otro, la parra descansaba en postes de plata. A los lados, trazó acequias de esmalte azulado, y todo alrededor, un seto de estaño. Un solo sendero llevaba al lugar. Por él trajinaban los porteadores cuando vendimiaban la viña. Muchachas y mozos de carácter jovial acarreaban el dulce y sabroso fruto en trenzadas cestas. En medio de todos ellos, un niño tocaba placenteramente la clara lira, y al son de ésta cantaba con delicadeza una canción de lino; sus acompañantes batían el suelo al unísono con sus pies y lo seguían cantando y brincando.

En otro sector hizo una manada de bueyes de enhiesta cornamenta; las vacas las labró amarillas, en oro, y blancas, en estaño. El ganado iba mugiendo del establo a los pastos, junto al sonoro río y a la flexible junquera. Junto a las vacas desfilaban pastores de oro, en número de cuatro, y nueve perros de ágiles patas los seguían. Dos pavorosos leones hicieron presa en el toro de voz ronca que iba entre las primeras vacas, el cual era arrastrado dando grandes mugidos. Los perros y los zagales iban al acoso. Pero las dos fieras, tras desgarrar el cuero del pesado buey, devoraban sus entrañas y su negra sangre. Los pastores hostigaban azuzando a los ágiles canes, pero en vano; éstos, en vez de hacer presa, esquivaban a los leones y, aunque se mantenían muy cerca de ellos, sólo ladraban y se echaban a un lado.

En otro sector, el famoso cojitranco hizo un pastizal en un hermoso valle montañés, un pastizal grande, de níveas ovejas, y también cuadras y cabañas techadas y rediles.

En otro sector, el famoso cojitranco labró un coro, semejante a aquel que una vez en la ancha Knossós compuso Dédalo para Ariadna, la de las hermosas trenzas. En él, muchachos y doncellas, de las que aportan gran caudal de ganados a sus esponsales, bailaban en corro, los unos con las manos en las muñecas de los otros. Ellas vestían suaves linos; ellos, túnicas primorosamente tejidas, en las que aún lucía el brillo del ungüento del planchado; ellas llevaban hermosas coronas; ellos, machetes de oro sujetos con tahalíes de plata. Ora corrían todos a la redonda, con expertos pies y gran presteza (como cuando un ceramista, sentado al torno, lo coge entre sus palmas y prueba a ver si corre), ora volvían a correr en filas unos hacia otros. Un gran gentío rodeaba al placentero corro, divirtiéndose. Y dos volatineros que iban con ellos hacían sus giros por el medio, encabezando la danza.

En otro sector puso la enorme fuerza del río Océano, alrededor del borde externo del bien forjado escudo.



Tabla ilíaca con el escudo de Aquiles (Museo Capitolino de Roma)

Universalidad literaria

Un lector ingenuo, ignorante de la arqueología griega, como yo lo era cuando lo traduje y estudié por primera vez, según queda dicho, ve en el escudo de Aquiles una invención literaria, como lo es fundamentalmente, y no se para a pensar en él como objeto real o posible. Tampoco se para a considerar qué querría decir Lessing cuando en una nota de su *Laoconte* lo definió como *un compendio de todo cuanto en el mundo ocurre («ein Inbegriff von allem, was in der Welt vorgeht»)*. Por eso es muy estimable la exégesis de Schadewaldt (confrontar nota 2) de que los cuadros compuestos por Homero sintetizan los aspectos fundamentales del mundo de entonces.

Uno puede describir una ciudad, como Santiago de Compostela, refiriendo sus rasgos singulares o hablando de tipos y sucesos interesantes. Pero puede también, desde un observatorio de cierta altura, relatar, a vista de pájaro, qué hace la gente un día de trabajo o, por el contrario, un día de descanso en que la ciudad está como dor-

mida, silenciosa, o bien, si queréis, un día de fiesta, alegre, bullicioso. En estos últimos casos en que la visión es más universal, pudiera ocurrir que los cuadros resultantes fuesen aplicables a otras ciudades de carácter y dimensiones semejantes, como Salamanca, catedralicia y universitaria como Compostela.

Tal es la visión de Homero, no sólo en el *escudo,* sino en su obra toda. Goethe, que lo conocía y lo imitaba tan bien, expresaba así el efecto de su lectura: *Los poemas de Homero le hacen a uno remontarse, como en un globo, sobre todo lo terrenal, y encontrarse verdaderamente en el espacio intermedio, en donde los dioses se mueven de un lado para otro.*

Ciudad y campo, guerra y paz, trabajo y ocio, felicidad y desgracia, vida cotidiana y situaciones de emergencia. El escudo pinta en sus cuadros un verdadero microcosmos, pero no de sucesos y tipos interesantes, raros, únicos, sino fundamentales, universales: reyes, jueces, pregoneros, artesanos, músicos, acróbatas, labriegos, soldados, vaqueros, ovejeros...

El hombre está en todas partes, incluso en el panorama astronómico con que se inician las viñetas. Pues, en efecto, el Sol y la Luna rigen sus movimientos, su trabajo, su horario, su calendario. Las constelaciones le orientan de noche y presiden sus faenas estacionales. Las Pléyades, las Híades y Orión marcan, con sus subidas y bajadas, el compás de los trabajos campestres del labrador de Hesiodo.

¿Qué se echa de menos? Tal vez la navegación; pero considerando la fecha en que los poemas homéricos fueron compuestos (fines del siglo VIII a.C.), el arte de navegar no había alcanzado aún el peso y el nivel que tendría poco después con la proliferación de las colonias. Lo mismo el comercio, aún en manos de extranjeros, metecos en las ciudades y, sobre todo, fenicios en el mar. En la vida de entonces —y no hace falta recordar otra vez a Hesiodo—, la agricultura, en primer término, y la ganadería, en segundo, son los pilares económicos no sólo del campo, sino de la ciudad, de la naciente *polis,* donde son tan importantes el cumplimiento de la ley y la administración de la justicia.

Tampoco la industria está muy presente. La del metal empezaba entonces a cobrar importancia, pero la alfarería la tenía ya inmensa en centros como Atenas, Tebas, Corinto y las islas jónicas. En la cerámica del Dýpilon ateniense los vasos funerarios alcanzan proporciones monumentales. Aunque sólo sea un recuerdo fugaz, el símil del alfarero que comprueba el buen funcionamiento del torno parece un homenaje del poeta a los mejores artistas plásticos que conocía la Grecia de entonces.

Las tablas ilíacas

Un griego de la época de Augusto, llamado Theodóros, propagó, si no inventó (pues nunca se olvida de poner su nombre), una especie de carteles de ciego para contar los muchos lances de la guerra de Troya, el peregrinaje de Eneas y otras historias del mismo género. Sus destinatarios serían niños de edad escolar y tal vez otros curiosos que en escuelas, bibliotecas, etcétera, deseaban adquirir una instrucción elemental en aquellos temas.

Lo corriente serían las reproducciones de estos carteles en papiro, pergamino, lienzo, tabla y otros materiales ligeros y, por tanto, corruptibles, pero en ocasiones especiales, y siempre en Roma a lo que sabemos, se hacían también de mármol y esculpidos por las dos caras, de modo que no se podían empotrar en la pared. Ninguna de estas tablas fue, ni es, una obra de arte; pero algunas son dignas de estudio, por ilustrar originales que se han perdido, como la *Iliupersis,* de Estesícoro (que interesaba mucho a los romanos por su relación con Eneas y con los orígenes de Roma); la *Etiópica,* de Arctino; la *Iliada Menor,* de Lesques, etcétera.

El Museo Capitolino conserva dos fragmentos



Escudo de bronce de la gruta de Zeus en el Ida, Creta (Museo Herakleion)

de sendas tablas ilíacas, correspondientes ambas a la descripción del escudo de Aquiles. Una de ellas conserva unos dos tercios de un escudo redondo con dos series de escenas separadas por una franja en la que se lee en griego: *aspís Achilléos Theodoréos kath'Hómeron*, o sea, *Escudo de Aquiles, de Theodoros, según Homero.*

Por encima de la franja se barrunta la ciudad pacífica. Dentro de sus muros desfila una procesión nupcial y sobre ella se ven los edificios de una ágora y a gente sentada, seguramente los jueces del famoso proceso por homicidio. Al lado de ésta debía de estar la ciudad asediada, pues en el campo vecino pululan soldados y ganado como en el pasaje descrito.

Por debajo de la franja se ve un recinto cercado de un seto que debe de ser el de la viña; por debajo del seto, una fila de yuntas de bueyes, los de la escena de labranza, y por último, a la izquierda, parece clara la escena de la siega. Alguien ha querido interpretar estas escenas como alegorías del otoño, de la primavera y del estío, pero la cuestión es espinosa y no merece la pena insistir en ella.

La otra *tábula* expuesta en la misma sala del Capitolino (aún hay otra más que aquí no interesa) ofrece parte de las mismas escenas, el muro de la ciudad y algunos segadores. Su calidad era superior a la otra, pero su estado de conservación deja mucho que desear. Quizá lo más curioso sean los carros de bueyes empleados en la siega, con sus ruedas macizas *(tympana)*, como las de los carros gallegos.

Todo ello son meras curiosidades, no documentos válidos para Homero. Lo mismo habría que decir de las pinturas pompeyanas en que Hephaistós muestra o entrega a Tetis las armas de Aquiles. Los escudos son redondos en todos los casos, pero su decoración se reduce, en el mejor de ellos, a las constelaciones y a la serpiente del Océano.

La reconstrucción arqueológica

La fantasía de Homero pudo haber inventado el escudo de Aquiles, pero no es probable que lo hiciese. Cuantos le conocen bien saben que no acostumbra a desentenderse ni a distanciarse mucho de la vida humana y del mundo real, ni siquiera cuando trata de los dioses. Por tanto, no es probable que aun siendo obra de un dios concibiese el escudo de Aquiles sin apoyarse en relatos orales de otros escudos o en elementos reales, antiguos o modernos para él. Era lo que tenía por costumbre. En algunos casos parece describir objetos o armas micénicas, verbigracia, el escudo de Ayax; el casco de Meriones, con su guarnición de colmillos de jabalí; la copa de Néstor, con sus palomas al borde, etcétera; en otras ocasiones, las más sin duda, refleja instituciones y objetos de su propia época.

Las opiniones acerca del escudo de Aquiles están divididas entre los partidarios del mundo micénico, que le quedaba a Homero a una distancia de cuatro siglos como mínimo, y los del



Pátera fenicia de Amatunte, Chipre (Museo Británico, Londres)

mundo del arte geométrico y orientalizante en que le tocó vivir. Entre los primeros —no sin algunas concesiones— habría que contar a Miss Lorimer, para quien el escudo es *una pieza de un juego tradicional que, originándose en el período en que el arte micénico cayó por primera vez bajo la influencia dominadora de Creta, había conservado rasgos que se remontaban a aquel período...* (4).

Esta tesis, que gozó de mucho crédito desde que Reichel publicara, en 1894, sus *Homerische Waffen,* ha sido muy combatida y cuenta hoy con muy pocos partidarios. Basta ver la reciente monografía de Fittschen (confrontar nota 3) para comprobar la poca cabida otorgada a los elementos micénicos. La interpretación hoy dominante considera el escudo como un objeto redondo con un umbo central rodeado de franjas circulares (tres o más) y un borde exterior (5).

Resulta que los escudos de esa forma, y profusamente decorados por añadidura, no existían en el mundo micénico, ni en Grecia ni fuera de ella, y que, en cambio, son típicos de la época orientalizante.

Tienen, por lo regular, un umbo central en forma de cabeza de animal o de monstruo de expresión amenazadora y una o más franjas concéntricas, repujadas y grabadas, con figuras de dioses, escenas de luchas, cacerías, leones, grifos, esfinges, cabras persas, etcétera, imitando unas veces el estilo de los asirios y otras el de los egipcios. Su origen oriental puede darse por seguro, pero en Chipre y en el mundo griego de los siglos VIII y VII a.C., especialmente en Creta, arraigaron con firmeza (6).

Con ellos se agrupan los cuencos y páteras fenicios, o de origen fenicio, labrados en plata dorada o en bronce y diseminados por el comercio desde Mesopotamia a Etruria, con gran incidencia en los grandes santuarios de los dioses y en las tumbas de los magnates griegos e itálicos.

Una de las páteras halladas en Nimrud, entonces capital de Asiria, ofrece en el centro una composición de círculos y estrellas que se ha traído muchas veces a colación a propósito del panorama astronómico del escudo de Aquiles. Una inscripción en arameo demuestra la cuna siriofenicia del autor. Con mayor motivo, las estrellitas y cabezas femeninas vistas de frente y tocadas a la egipcia y con diadema, que vemos en el centro de otro cuenco de bronce, se consideran representaciones de astros y constelaciones.

En una pátera de Amatunte (Chipre), el orfebre nos hace ver una ciudad amurallada, asediada por un ejército dividido en dos cuerpos o huestes, no *dos ejércitos,* como dicen algunos traductores de Homero cuando vierten e interpretan este pasaje del escudo *(Iliada,* XVIII, 510). Sin recurrir a la vista de pájaro, el arte no tenía otro medio de representar una ciudad cercada, lo mismo en éste que en otros muchos ejemplos (una pátera de Delfos, por ejemplo). Seguro que Homero sabía muy bien lo que decía, y no se equivocó, como algún moderno ha afirmado. La viñeta que ofrece la pátera de Amatunte es deliciosa.

Otro cuenco de Praeneste revela el empleo de un sistema de escenas yuxtapuestas, sin solución de continuidad, en que unos mismos personajes se repiten para relatar parte de una historia e incluso una historia completa. En este caso se trata de una historia completa, que se podría resumir así (el relato comienza en un palacio guarnecido de torres y se desarrolla en sentido contrario al de las manecillas del reloj):

Un rey de aspecto asirio, provisto de quitasol, sale de caza en su carro, acompañado de un auriga. El rey ha descendido del carro, donde el auriga permanece, y oculto tras un árbol, dispara una flecha a un ciervo. El venado huye; el rey se ve obligado a perseguirlo por una montaña. Al fin le ha dado caza; en un bosquecillo lo cuelga de un árbol y lo abre en canal mientras el auriga abreva a los caballos. Ahora un acto



Detalle de un cuenco de plata de Praeneste (Villa Giulia, Roma)



Escena en un cuenco de Praeneste que narra la historia del rey que salió de caza

solemne: el rey, sentado bajo su quitasol, ofrece a los dioses un sacrificio de bebida y comida humeante; el disco solar extiende sus alas sobre las dos mesas de ofrendas. Pero al pie de la montaña, rica en caza, un maligno genio de ganchuda nariz contempla el sacrificio desde una gruta y extiende un brazo hacia las ofrendas. Por un momento lleva las de ganar: ha salido de la cueva mostrando su cuerpo velludo y simiesco; esgrime una vara en una mano y una piedra en la otra. Hace falta un milagro para salvar al piadoso rey; su diosa protectora (una figura que también conocemos por representaciones en conchas de tridacna*) coge en los brazos al rey, al carro y al cochero, y se remonta con ellos por los aires. Ya reconfortado, como Ulises por Atenea, el rey pasa al ataque; sus flechas derriban al ogro; su maza lo remata. El cuento acaba bien: el rey retorna triunfante a su palacio.*

Así eran las historias gráficas que, como demuestra el escudo de Aquiles, encantaban a Homero y a los hombres de su tiempo.

NOTAS

(1) P. R. Hardie, «Imago mundi: Cosmological and Ideological Aspects of the Shield of Achilles», *Journal of Hellenic Studies*, CV (1985), 11-31.

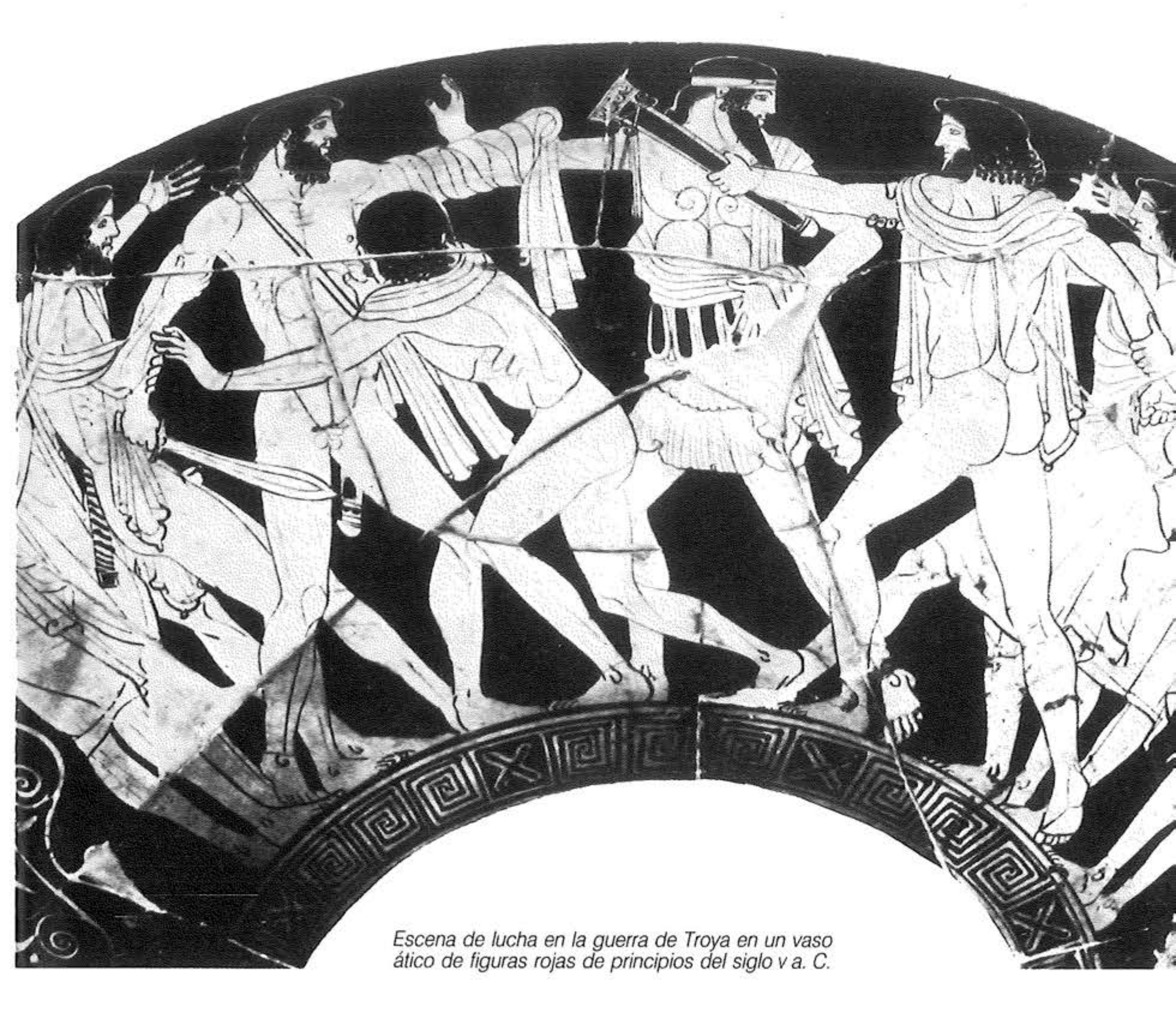
(2) W. Schadewaldt, *Von Homers Welt und Werk*, Stuttgart, 1959, pág. 370.

(3) Estos tres daimones corresponden a Discordia, Tumulto y Homicidio. *El escudo de Heraklés* (156-159) también los tenía y a otros junto a ellos, Phoibos y Deimos (195) y Achlys (264-270), que deben de pertenecer a la misma familia. Es probable que ellos sean los monstruos y fieras tomados del Oriente en época orientalizante: el grifo, el león, la esfinge, la sirena, la harpía, etcétera. F. Studniczka (en *Serta Harteliana*, 1896, 50 ss.) cree que la figura de Eris, que en el escudo de Heraklés aparecía sobre la cabeza de monstruo del umbo central, era una gorgona como la del templo de Corfú, pues el poeta dice que tenía alas. En cuanto a Ker, o a Keres, en plural, cabría pensar en leones. Como estas intrigantes figuras no pueden faltar en el arte orientalizante, se han hecho ensayos para identificarlas, pero de momento los resultados son hipotéticos. (Cf. R. Hampe, *Ein frühattisches Grabfund*, 1962, 62 ss., 84 ss., y K. Fittschen, *Bildkunst, Teil 1. Der Schild des Achilleus*, «Archaeologia homerica», II, núm. 1, pág. 20, s.)

(4) H. L. Lorimer, *Homer and the Monuments*, Londres, 1950, pág. 487.

(5) Vgr. T. B. L., *Webster From Mycenae to Homer*, 2.ª ed., Londres, 1964, 214.

(6) F. Canciani, *Bronzi orientali e orientalizzanti a Creta nell'VIII e VII secolo a.C.*, 1970.



Escena de lucha en la guerra de Troya en un vaso ático de figuras rojas de principios del siglo v a. C.

Bibliografía

Alsina, I., *Comprender la Grecia clásica,* Barcelona, Teide, 1983. Bendala, M., *Los albores de Grecia,* Madrid, Historia 16, 1988. Beye, Ch. R., *The Illiad, the Odyssey and the Epic Tradition,* London, MacMillan, 1968. Cassin, Bottero y Vercouter, *Imperios antiguos de Oriente,* Madrid, Siglo XXI, 1984. Codino, F., *Introduzione a Omero,* Torino, Einaudi, 1965. Diel, P., *El simbolismo en la mitología griega,* Barcelona, Labor, 1985. Finley, M. I., *Aspectos de la Antigüedad,* Barcelona, Ariel, 1975. Id., *La Grecia primitiva,* Barcelona, Crítica, 1983. Gil, L. (ed.), *Introducción a Homero,* Madrid, Guadarrama, 1963. Griffin, J., *Homero,* Madrid, 1984. Grimberg, C., *Grecia,* Barcelona, Daimón, 1982. Homero, *La Iliada,* Madrid, Cátedra, 1989. Id., *La Odisea,* Madrid, Gredos, 1982. Hornblower, S., *El mundo griego,* Barcelona, Crítica, 1985. Lloyd Jones, H. (ed.), *Los griegos,* Madrid, Gredos, 1974. Mireux, E., *La vida cotidiana en tiempos de Homero,* Buenos Aires, 1962. Myres, J. L., *Homer and his critics,* London, Reutledge and Kegan Paul, 1958. Petrie, A., *Introducción al estudio de Grecia,* Madrid, FCE, 1983. Storch, J., *Grecia I,* en *Historia del Arte,* Madrid, Historia 16, 1990. Vernaut, J. P., *Mito y sociedad en la Grecia antigua,* Madrid, Siglo XXI, 1982. Varios autores, *Diccionario de la civilización griega,* Barcelona, Destino, 1972. Webster, T. B. L., *From Mycenae to Homer,* New York, Praeger, 1958. Wilamowitz, U., *Die Ilias und Homer,* Berlín, Weidmann, 1966.

Conoce el Patrimonio Histórico Andaluz

Iglesia de San Juan Bautista. La Palma del Condado, Huelva (foto Domínguez Toro).



Consejería de Cultura

Dirección General de Bienes Culturales

JUNTA DE ANDALUCIA



El tesoro del Príamo (plumilla de La Ilustración Española y Americana*)*

La guerra de Troya

Textos

La selección ha sido realizada por Jacobo Storch de Gracia

CUADERNOS historia 16

Del nombre de los griegos y la guerra de Troya

ME demuestra a mí en no menor grado la debilidad de los antiguos lo siguiente: está claro que antes de la guerra de Troya, Grecia no llevó a cabo nada en común; es más, me parece que no recibía toda ella esa denominación, y ni siquiera existía ese nombre con anterioridad a Helén, el hijo de Deucalión, sino que algunos pueblos (y en mayor medida el pelásgico) daban sus propios nombres a vastas extensiones...

... Y lo prueba de modo especial Homero, pues aunque vivió mucho después de la guerra de Troya, en ninguna parte aplicó ese nombre al conjunto de todos ellos, ni a otros que no fueran los compañeros de Aquiles, que procedían de la Ptiótide y que fueron precisamente los primeros helenos; por el contrario, en sus poemas los llama Dánaos, Argivos y Aqueos. Es más, ni siquiera ha empleado la expresión «bárbaros» por el hecho de que, según me parece, los griegos aún no estaban agrupados bajo una única denominación que se pudiera oponer a aquélla. Comoquiera que sea, cuantos recibieron el nombre de griegos, primero ciudad por ciudad, cuando gracias a la lengua se iban entendiendo entre sí, y más tarde todos ellos, no llevaron a cabo nada en común antes de la guerra de Troya a causa de su debilidad, y por la ausencia de relaciones mutuas. Más tarde hicieron esta expedición porque eran ya más marineros... *(TUCIDIDES, «Historia de la Guerra del Peloponeso», I-3, Alianza Ed., Madrid, 1989, Trad. A. Guzmán.)*

El hábitat griego en el momento de la guerra de Troya

LOS habitantes de toda Grecia llevaban armas a causa de que vivían en lugares no fortificados, y de que los caminos de unos pueblos a otros eran inseguros y, así, se habituaron a portar armas como los bárbaros. Ciertas regiones de Grecia que aún viven de este modo son una prueba de los hábitos que por entonces compartían todos de manera similar. De entre ellos fueron los atenienses los primeros que las dejaron, y con un tipo de vida más relajado. se orientaron a un mayor confort...

...En cuanto a las ciudades, aquellas que fueron fundadas más recientemente y por haberse desarrollado ya la navegación, disponían de reservas de dinero, fueron construidas al borde mismo del mar con recintos amurallados, ocupando los istmos tanto por causa del comercio, como por tener cada una de ellas mayor poder frente a sus vecinos, mientras que las antiguas fueron construidas más bien apartadas del mar a causa de la piratería, y ello tanto las insulares como las continentales (pues se dedicaban al pillaje no sólo entre sí, sino entre cuantos, aun sin ser marinos, habitaban cerca de la costa), y hasta el día de hoy están instaladas en el interior... Así los habitantes de la costa accedieron a una vida más estable al conseguir ya mayores riquezas y algunos, incluso, construyeron murallas, como gentes que se hacían cada vez más ricas. En efecto, ansiosos de obtener ganancia, los más débiles aceptaban estar sujetos a los más poderosos, mientras que éstos, al tener abundantes medios, sometían como vasallos a las ciudades más pequeñas.

Y fue más tarde, encontrándose ya en estas circunstancias, cuando emprendieron la expedición contra Troya... *(TUCIDIDES, «Historia...», I-6, 7, 8; Trad. A. Guzmán.)*

Carácter de la expedición a Troya

A mi parecer, Agamenón organizó la expedición y se puso a su frente porque era el caudillo más poderoso de entonces, y no tanto porque los pretendientes de Helena se vieran obligados por el juramento hecho a Tindáreo...

... Al haber muerto Euristeo en el Atica a manos de los Heraclidas, Atreo, que era hermano de su madre, y a quien Euristeo le había confiado Micenas y su Imperio cuando partió a la expedición, dado el parentesco que entre ellos existía (Atreo estaba exiliado por orden de su padre a causa de la muerte de Crisipo), y como Euristeo no regresó de su expedición y contando además con que así lo querían los de Micenas por miedo a los Heraclidas, y con que él parecía ser hombre capaz y se había ganado al pueblo, Atreo recibió el reino de Micenas y de todos los territorios sobre los que Euristeo mandaba. Así los pelópidas se hicieron más fuertes que los perseidas.

A mí me parece que Agamenón recibió esta herencia y, que como además consiguió hacerse con un poder naval superior al de los otros, los reunió y emprendió la expedición, no tanto por complacencia de los participantes como por miedo.

Está claro, en efecto, que él llegó con el mayor número de naves, y que cedió incluso algunas a los arcadios, según ha demostrado Homero, si es que su testimonio es en algo válido. Y en el pasaje de la transmisión del cetro, nos dice que Agamenón «sobre muchas islas y todo Argos reinaba», mas no habría podido él reinar, siendo de tierra adentro, sobre otras islas que las vecinas (y éstas no serían muchas) si no hubiera tenido una flota importante. Así pues, por esta expedición debemos hacernos una idea sobre cómo fueron sus precedentes.

Y si uno se basara para dudar de que la expedición fue tan grande como dicen los poetas y la tradición mantiene, en que Micenas era pequeña o en que algunas de las ciudades de entonces nos parecen ahora de poca importancia, se equivocará, al estarse sirviendo de una prueba falsa. Porque si la ciudad de los lacedemonios fuera devastada y subsistieran solamente sus templos y las plantas de sus edificios, creo yo que entre las generaciones venideras se suscitarían, pasado el tiempo, serias dudas de su poder al compararlo con su fama (y eso que controlan las dos quintas partes del Peloponeso y tienen la hegemonía sobre todo él y sobre muchos aliados de fuera; y, sin embargo, al no ser una ciudad en la que se hayan fusionado diversos núcleos de población ni que disponga de templos ni edificios fastuosos, sino que está compuesta de aldeas, a la antigua usanza de Grecia, parecería ser inferior a lo que fue); en cambio, si esto mismo le ocurriera a Atenas, nos haríamos la idea de que su poder, a juzgar por su apariencia externa, fue el doble de lo que es. No es lógico, pues, desconfiar ni atender más a las apariencias que al poder de las ciudades, sino considerar que aquella expedición fue la mayor de las de hasta entonces, aunque inferior a las actuales si hay que creer también ahora al poema de Homero, pues aunque la haya exagerado y adornado como es natural al ser un poeta, incluso así aparece como inferior a estas nuestras.

Efectivamente, de las 1.200 naves, las beocias eran de 120 hombres y de 50 hombres las de Filoctetes, ejemplificando así, según creo, las mayores y las más pequeñas. Al menos en el Catálogo de las naves no menciona el tamaño de las demás. Y que todos eran remeros y combatientes lo demuestra al hablar de las naves de Filoctetes, ya que llama arqueros a todos los remeros. Y no es natural que con ellas navegaran muchos pasajeros, aparte de los reyes y de los principales magistrados, sobre todo dado que se disponían a cruzar el mar con los pertrechos de guerra, y que además no contaban con barcos de puentes, sino equipados, al modo antiguo, en plan pirata.

Calculando, pues, el promedio entre las naves mayores y las más

pequeñas, está claro que no acudieron muchos, para tratarse de una expedición enviada en común por toda Grecia. *(TUCIDIDES, «Historia...», I-9, 10, Trad. A. Guzmán.)*

La supervivencia en campaña

Y la causa fue no tanto la escasez de hombres cuanto la carencia de dinero. Pues por falta de aprovisionamiento llevaron un ejército inferior, limitado al número de tropas que pensaban podrían abastecerse en el país mientras luchaban. Una vez que llegaron vencieron en una batalla (y esto está claro, pues en caso contrario no hubieran construido la fortificación de su campamento), pero se ve que ni siquiera entonces emplearon todas sus fuerzas, sino que se dedicaron a cultivar al Quersoneso y a la piratería, por la falta de alimentos. Precisamente por ello, al estar los griegos desperdigados, resistieron los troyanos diez años de lucha abierta, al ser sus fuerzas equilibradas a los enemigos que quedaban al turnarse. En cambio, si hubieran venido con reservas de alimentos, y se hubieran dedicado todos a la guerra ininterrumpidamente, sin entretenerse con la piratería y la agricultura, habrían vencido en el combate y habrían tomado la ciudad fácilmente (dado que incluso sin reagruparse todos, sino siempre con una sola parte del ejército, les hicieron frente), e instalándose para un asedio se habrían apoderado de Troya en menos tiempo y sin tantas fatigas.

Mas al igual que por la carencia de dinero los acontecimientos anteriores a éstos fueron de poca monta, se evidencia por los hechos que también éstos a su vez, aun siendo de más renombre que los que precedieron, resultaron inferiores a la leyenda y a la tradición que en la actualidad circula sobre ellos a causa de los poetas. *(TUCIDIDES, «Historia...», I-11, Trad. A. Guzmán.)*

Conclusión de la guerra de Troya

E incluso después de la guerra de Troya, Grecia conoció migraciones y nuevas fundaciones de ciudades, de suerte que no podía crecer en calma. En efecto, el regreso de los griegos desde Troya al cabo de mucho tiempo originó numerosos cambios y, se producían con frecuencia luchas civiles en las ciudades, y los que de ellas salían desterrados fundaban otras ciudades. Así, los actuales beocios fueron desalojados de Arne por los tesalios sesenta años después de la toma de Troya, y fijaron su residencia en la actual Beocia, en lo que antes se llamaba Cadmeida (aunque había ya un grupo de éstos en la región, algunos de los cuales fueron a la expedición troyana) y los dorios se apoderaron del Peloponeso con ayuda de los Heraclidas a los ochenta años.

Con dificultad y al cabo de mucho tiempo se sosegó Grecia, y cuando en calma ya no sufría destierros, envió colonias al exterior; los atenienses colonizaron Jonia y casi todas las islas y los peloponesios hicieron lo propio en la mayor parte de Italia y Sicilia y algunos lugares de Grecia. Todas estas colonias fueron fundadas después de la guerra de Troya. *(TUCIDIDES, «Historia...», I-12, Trad. A. Guzmán.)*

Una visión poética

HACE nueve largos años que el ejército griego acampa, junto a sus negras naves, frente a las murallas de Troya. Durante tanto tiempo sobre la franja de tierra que se extiende entre las murallas y el mar, se han desarrollado centenares de combates, donde se han mezclado héroes y dioses, sin que la victoria acabe de decidirse por unos ni por otros.

Fuertes son los griegos de largas cabelleras; los dirige Agamenón, rey de hombres, y a su lado combaten los más brillantes héroes de las islas: el gran Diomedes, de indomable valor; el gigantesco Ayax, de ancho escudo; el prudente Ulises, rico en sabiduría, y el héroe de los héroes, Aquiles, el de los pies ligeros, hijo de una diosa del mar, que al nacer lo bañó en fuego celeste, haciendo su cuerpo invulnerable al hierro, excepto el talón por donde le tenía cogido al sumergirle en el baño.

Pero fuertes son también los troyanos, de tremolantes cascos, endurecidos en el largo asedio. El venerable Príamo, de barba blanca, es su rey. Con ellos combaten el divino Eneas, que ha de fundar el más vasto Imperio del mundo, y los hijos de Príamo: Paris, el más bello de los hombres y Héctor, domador de caballos, el héroe amado de su pueblo, cuya poderosa lanza ha sostenido la esperanza de los troyanos durante los nueve años de lucha.

Los dioses olímpicos también toman parte en el combate, protegiendo con su invisible poder a uno y otro campo. Minerva, la de los ojos claros, diosa de la sabiduría, y Juno, reina del nevado Olimpo, combaten al lado de los griegos. La blanca Venus, diosa del amor, y el fiero Marte, dios de la guerra, pelean al lado de los troyanos.

La belleza de una mujer es la causa de tan cruel guerra. Helena se llama, esposa de Menelao, rey de Esparta, la cual fue raptada de su patria por el amor de Paris, el brillante príncipe troyano, y permanece a su lado tejiendo tapices de púrpura en el palacio de Príamo.

Hombres y dioses luchan día tras día frente a los muros de Troya, y la victoria no acaba de decidirse. Hambrientos y tristes están los troyanos, llorando el infortunio que la belleza de Helena ha traído sobre la ciudad. Y cansados de la inútil lucha están también los griegos, que acampan junto a sus negras naves de corva proa, cuyos maderos y cordajes se pudren carcomidos de algas y agua salada. *(ALEJANDRO CASONA, «Héctor y Aquiles», Flor de leyendas, Espasa Calpe, Madrid, 1934.)*

El Caballo de Troya

DEL Hado rebatidos, tantos años, / los caudillos de Grecia, hartos de lides, / con arte digno de la excelsa Palas, / un caballo edifican —los costados, / vigas de abeto, un monte de madera—; / y hacen correr la voz que era el exvoto / por una vuelta venturosa. Astutos, / sortean capitanes escogidos / y en los oscuros flancos los ocultan, / cueva ingente cargada de guerreros.

Hay a vista de Ilión una isla célebre / bajo el troyano cetro rico emporio, / Ténedos, hoy anclaje mal seguro: / vanse hasta allí y en su arenal, se esconden. / Los creemos en fuga hacia Micenas, / y de su largo duelo toda Troya / se siente libre al fin. Las puertas se abren / qué gozo ir por los dorios campamentos / y ver vacía la llanura toda / y desierta la orilla! «Aquí, los Dólopes, / aquí las tiendas del cruel Aquiles; / cubrían las escuadras esta playa; / las batallas, aquí...» Muchos admiran / la mole del caballo, don funesto / a Palas virginal. Lanza Timetes / la idea de acogerle por los muros / hasta al alcázar —o traición dolosa, / u obra tal vez del Hado que ya urgía—. / Mas Capis, y con él los más juiciosos, / están porque en el mar se hunda el caballo, / don insidioso de la astucia griega, / tras entregarle al fuego, o se taladre / a que descubra el monstruo su secreto. / Incierto el vulgo entre los dos vacila (...)

En este trance unos pastores teucros / con grande grita a un joven maniatado / traían ante el rey. A la captura / no había resistido: empeño suyo / era franquear Ilión a los Argivos; / y resuelto venía a todo

extremo, / o a consumar su engaño, o de la muerte / a afrontar el rigor. Para mirarle, / ansiosa en torno de él se arremolina / la juventud troyana y le baldona. / Mas oye la perfidia..., y por un Dánao / podrás sin falla conocer a todos (...)

«Muchas veces pensaron los Aqueos / partir de Troya en sigilosa fuga, / cansados de una guerra agotadora / (ay, por qué no lo hicieron!); pero siempre / les cerró el paso el temporal marino, / los contuvo el terror del Austro airado. / Más que nunca, al erguirse la alta mole / de este caballo hecho de troncos de arce, / tronó con furia, anubarrado, el cielo...

La esperanza de Grecia para el triunfo / estribó siempre en el favor de Palas. / Pero dos criminales, el Tidida / y Ulises, concertados para el robo / del sacro Paladión, matan la guardia / del alcázar, y dueños de la efigie, / osan tocar las virginales ínfulas / con sanguinosas manos. Desde entonces, / perdiéronse como aguas de menguante / la esperanza y los bríos de los Griegos: / la diosa estaba airada. Su rechazo / Tritonia hizo patente: en los reales / entra su estatua, y al momento brotan / ígneas centellas en sus ojos fijos; / corre por ella acre sudor; tres veces / da portentoso salto desde el suelo, / blandiendo escudo y lanza retadora. / «Al mar, y vuelta a Grecia! —vaticina / al punto Calcas— el empuje argólico / rendir no puede a Troya, si no tornan en Argos a buscar nuevos auspicios, / y el divino favor en su regreso / vienen trayendo, cual la vez primera / que surcaron el ponto en corvas naves.»

Su ida a Micenas no es huida, es traza / para allí conseguir armas y dioses; / y de improviso, recruzando mares, / con ellos volverán. A esto encamina / los oráculos Calcas. Por su aviso, / en vez del Paladión, en desagravio / a la ofensa divina, en esta ofrenda / de una efigie que expíe el sacrilegio. / Mas, que esta mole colosal se encumbre / hasta las nubes, es afán de Calcas / para impedir que, entrando por las puertas / dentro de la ciudad, reponga a Troya bajo el amparo de su antiguo culto. Pues si el don a Minerva vuestras iras / osan violar, ruina total amaga / a Príamo y sus Frigios (triste agüero / que ojalá contra Calcas se revuelva); / si en cambio lo colocan vuestras manos / en la ciudad, ha de ser Asia, un día, / quien el alcázar batirá de Pélope: / hado fatal que espera a nuestros nietos.» *(VIRGILIO, «Eneida», Libro II; Trad. A. Espinosa, Ed. Cátedra, Madrid. 1989.)*

Entrada del Caballo y caída de Troya

LA imagen, claman / todos a una, debe entrar en Troya, / desagravio a la diosa resentida.

Dividimos el cerco de los muros / dejando abierta la ciudad. Ayudan / todos presto a porfía, fijan ruedas / con que el coloso se deslice, y sogas / estiran hasta el cuello; va subiendo / la máquina fatal nuestras murallas, / llena de armas y gente. Niños, niñas, / himnos cantan en torno, y es su juego / tocar las cuerdas con que el bulto avanza. / Va ascendiendo y deléznase eminente, / pausado entrando en la ciudad. ¡Oh patria, / oh mansión de los dioses, oh dardanios / muros de Ilión que esclareció la guerra!, / por cuatro veces en la puerta misma / topó con el umbral; y cuatro veces / oyóse en el caballo ruido de armas, / —e instamos inconscientes, ciegos, locos, / hasta albergar en la sagrada acrópolis / al monstruo desdichado... Hados futuros, / que, como tantas veces, también ésta, / anunciaron los labios de Casandra, / labios que condenara orden divina / a no hacer nunca fe... y enguirnaldamos / nuestros santuarios, pueblo sin ventura / que veía lucir su último día (...)

Y al amparo del hado hostil a Troya, / deslízase Sinón con gran sigilo / soltar a los Griegos recluidos / en el vientre del monstruo. Su

depósito / franco devuelve el leño; alborozados, / de la cueva de roble descolgándose / por tendido cordel, bajan los próceres / Esténelo, Tesandro, Acamas, Toas, / Neoptólemo Pelida, el fiero Ulises, / Macaón, Menelao y el tracista / fabricador de aquella trama, Epeo. / Invaden la ciudad: el sueño, el vino / la han dejado indefensa. Degollados / fallan los guardias. Las ingentes puertas / se abren de par en par, y sin estorbo / pronto unidos están todos los cómplices.

Era la hora en que el sopor primero, / don divino, en los míseros mortales / con íntima dulzura se insinúa (...)

Al sueño así arrancado de improviso, / me precipito al techo y atalayo / aguzando el oído: —así en las mieses / al prender vasto incendio por la furia / de los austros, o rauda de los montes / al bajar la arroyada, descuajando / arboledas, trigales y labranzas, / labor lucida de los bueyes, mudo, / sin comprender aún, pávido escucha / el rabadán desde peñón señero... / Todo entonces se aclara y a la vista / aparece la insidia de los Dánaos. / Ya el inmenso palacio de Deífobo / se desploma entre llamas, y muy cerca / arde ya Ucalegón. Rojo reluce / el mar que se dilata ante el Sigeo. / Oyense gritos y el clarín resuena (...)

¿Quién de esa noche pintará el estrago, / o igualará con lágrimas su duelo? / Viénese a tierra la ciudad antigua, / la que por tantos años fue señora! / Tendidos yacen en las calles muertos / que cayeron sin lucha, y en las casas / y templos de los dioses. Mas no todos / son Teucros los que mueren, pues ardiente / rebrota a ratos el valor vencido / y al Griego vencedor en tierra postra. / Luto cruel y espanto en todas partes, / en todas, el espectro de la muerte... *(VIRGILIO, «Eneida, Libro II, trad. A. Espinosa, Ed. Cátedra, Madrid, 1989.)*

Reflexiones de Posidón sobre la caída de Troya

POSIDON.—Aquí estoy yo, Posidón, tras abandonar la salina profundidad del mar, donde los coros de Nereidas entrelazan las hermosísimas huellas que dejan sus pies.

Y es que desde el mismo día en que Febo y yo rodeamos de pétreas torres esta tierra de Troya con ayuda de plomadas, nunca ha abandonado mi pecho el amor que siento por la ciudad de estos mis frigios, ésta que ahora humea y ha sucumbido destruida por las lanzas argivas. El focense Epeo del Parnaso ensambló, por las artes de Palas, un caballo henchido de hombres armados e introdujo la mortífera imagen dentro de los muros. De aquí recibirá entre los hombres venideros el nombre de Caballo de Madera, encubridor de lanzas escondidas. Los bosques están vacíos y los santuarios de los dioses se han desplomado entre la carnicería. Contra los cimientos mismos del templo de Zeus el del Cerco ha caído muerto Príamo. Oro sin cuento y otros despojos de los frigios están siendo llevados a las naves aqueas; pero aguardan un viento favorable de proa, con el deseo de ver a sus esposas e hijos después de diez años, estos griegos que han asediado la ciudad.

También yo —vencido por la diosa argiva Hera y por Atenea, que colaboraron en la destrucción de los frigios— me dispongo a abandonar la ilustre Ilión y mis propios altares; pues cuando la soledad funesta se apodera de una ciudad, sufren los intereses de los dioses y éstos no suelen recibir culto.

El Escamandro retumba con el eco de los gemidos de las prisioneras que se han sorteado los vencedores. De unas se ha apoderado el ejército arcadio, de otras el tesalio y los teseidas, jefes de los atenienses. Las troyanas que no han sido sorteadas se cobijan aquí, bajo estas tiendas, elegidas por los jefes del ejército. Con ellas están

la laconia Helena, hija de Tindáreo, considerada prisionera con razón.

Y si alguien quiere ver a la desdichada Hécuba, aquí la tiene, postrada ante las puertas, derramando abundante llanto por numerosas razones: su hija Políxena ha muerto pacientemente ante la tumba de Aquiles sin que ella lo sepa, muertos son Príamo y sus hijos, y a Casandra, a quien el soberano Apolo dejó soltera y entregó al delirio profético, la ha desposado Agamenón en unión secreta, despreciando las leyes divinas y toda religión.

¡Adiós, ciudad que un día fuiste afortunada; adiós, muros de pulidas piedras! Si no te hubiera perdido Palas, la hija de Zeus, todavía estarías sobre tus cimientos. *(EURIPIDES, «Las Troyanas», versos 1-47, trad. J. L. Calvo, Ed. Gredos, Madrid, 1978.)*

Diálogo entre Posidón y Atenea acerca del regreso de los aqueos a Grecia

ATENEA.—¿Me es lícito saludar al pariente más cercano de mi padre, al dios poderoso y honrado entre los dioses, ahora que he puesto fin a nuestra anterior enemistad?

POSIDON.—Sí puedes, soberana Atenea, que el trato entre parientes es un bálsamo no desdeñable para el corazón.

ATENEA.—Alabo tu carácter sensato. Traigo un mensaje que quiero poner a nuestra común consideración, soberano.

POSIDON.—¿Acaso traes un nuevo mensaje divino de parte de Zeus o de alguno de los dioses?

ATENEA.—No, he venido a buscar tu fuerza y unirla a la mía en beneficio de Troya.

POSIDON.—¡Vaya! ¿Es que has abandonado tu antiguo odio y ahora que arde entre llamas te ha dado lástima?

ATENEA.—Contesta primero a esto: ¿estás dispuesto a deliberar conmigo y a colaborar en lo que deseo llevar a cabo?

POSIDON.—Desde luego, pero primero deseo conocer tus propósitos. ¿Has venido a ayudar a los aqueos o a los frigios?

ATENEA.—Quiero que ahora se alegren los troyanos, mis antiguos enemigos, y hacer que el retorno del ejército aqueo sea amargo.

POSIDON.—¿Y por qué saltas de un sentimiento a otro y odias en exceso o amas al azar?

ATENEA.—¿No sabes que hemos sido ultrajados yo y mi propio templo?

POSIDON.—Lo sé, cuando Ayax arrastró a Casandra por la fuerza.

ATENEA.—Y sin embargo, nada le han hecho los aqueos, ni siquiera se lo han censurado.

POSIDON.—¡Y pensar que destruyeron Ilión ayudados por ti!

ATENEA.—Por eso quiero dañarlos con tu ayuda.

POSIDON.—Estoy dispuesto, en lo que de mí depende, a lo que quieres. ¿Qué les harás?

ATENEA.—Quiero que tengan un retorno lamentable.

POSIDON.—¿Mientras esperan en tierra o en el salino mar?

ATENEA.—Cuando conduzcan sus naves a casa desde Ilión. También Zeus les enviará lluvia, granizo sin cuento y ennegrecedores soplos de viento.

Me ha prometido entregarme el fuego en sus rayos para lanzarlo contra los aqueos y abrasar sus naves. Por tu parte, haz que el Egeo ruja con olas gigantescas y remolinos; llena de cadáveres la cóncava bahía de Eubea para que en el futuro aprendan los aqueos a respetar mis templos y a venerar también a los demás dioses.

POSIDON.—Así será. El agradecimiento no precisa largos discursos. Removeré el piélago del mar Egeo... *(EURIPIDES, «Las troyanas», versos 47-97, trad. J. L. Calvo, Ed. Gredos, Madrid, 1978.)*